

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**BEATA ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO
ABOGADA DEL PURGATORIO**

LIMA – PERÚ

**BEATA ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO
ABOGADA DEL PURGATORIO**

**Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Arequipa. Monasterio de santa Catalina.
Sus padres. Ana de Monteagudo.
Entrada al convento. Noviciado.
Sacristana. Maestra de novicias.
Priora. Portera. El demonio.
Dones extraordinarios a) Bilocación.
b) Profecía. c) Discernimiento de espíritus.
d) Sabiduría. e) Don de curación.
Algunas virtudes 1.- Pobreza.
2.- Castidad. 3.- Obediencia.
4.- Caridad. 5.- Penitencia.
6.- Perdón.
Amor a Jesús Eucaristía.
Amor a la Virgen María.
Sus maestros espirituales.
Devoción a san Nicolás de Tolentino.
Las almas del purgatorio.
Última enfermedad y muerte.
Exhumación. Milagros después de su muerte.
Beatificación. Una luz en el camino.
Reflexiones.

CONCLUSIÓN BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La beata Ana de los Ángeles ha sido una de las santas más devotas de las almas del purgatorio. Desde muy joven conoció la vida de san Nicolás de Tolentino, considerado el patrono de las almas del purgatorio, y quiso imitarlo en su vida y, concretamente, en su amor por las almas benditas. Ella se dedicó en cuerpo y alma a orar por ellas y a buscar limosnas para mandar celebrar misas en su favor.

Todos los años mandaba celebrar unas 300 misas para la fiesta y novena de san Nicolás de Tolentino. Y las almas benditas se le aparecían para pedirle sufragios; le comunicaban sucesos futuros, la ayudaban en todo y la protegían del demonio.

También tuvo mucho amor y devoción a santo Tomás de Villanueva, que era tío de su padre, y a quien también consideró su guía y maestro.

Por supuesto que su amor a Jesús Eucaristía fue extremadamente importante; de modo que el día que no podía oír misa, por estar enferma o por obligaciones ineludibles, se sentía la persona más desgraciada del mundo. Cuando comulgaba, era con tanto amor a Jesús que lo sentía vivo en el sacramento. También María, nuestra Madre, se le hacía presente, como madre.

Los últimos 10 años de su vida estuvo ciega y tullida en cama, pero siguió haciendo el bien a todos, empezando por las hermanas del monasterio, al igual que a todos los pobres que acudían a pedirle ayuda. En alguna ocasión, las almas del purgatorio le dijeron que ella era su patrona y abogada. Por eso, tiene especial poder en su favor, en unión con san Nicolás de Tolentino.

Nota.- A lo largo de estas páginas citaremos continuamente el libro de la Sagrada Congregación de Ritos, llamado *Positio super virtutibus*. Lo citaremos simplemente como Positio. En él están recopilados los testimonios de los principales testigos que conocieron a la santa.

AREQUIPA

Arequipa fue fundada oficialmente el 15 de agosto de 1540. Se llamó villa del Valle hermoso de Nuestra Señora de la Asunción de Arequipa, que pronto sería elevada a la categoría de ciudad. Garcí Carbajal, un español de Plasencia, teniente gobernador, fue el encargado de cumplir la ordenanza de Francisco Pizarro de fundar la villa de Arequipa. Se plantó la cruz en el lugar destinado a la iglesia y también la “picota” o lugar de las ejecuciones para los criminales. Según parece, los fundadores españoles no pasaron de un centenar.

Los primeros años, después de la fundación, se vieron empañados por las luchas civiles entre españoles. Hasta que en 1548, el presidente de la Audiencia limeña Pedro de la Gasca, en la batalla de Jaquijahuana, derrotó a Gonzalo Pizarro y el país quedó pacificado.

Actualmente, Arequipa es una bella ciudad del sur del Perú con un millón de habitantes, donde siempre brilla el sol con cielo azul intenso, a excepción de algunos días de los meses de enero o febrero en que puede llover y ocultarse el sol durante algunas horas. Está surcada por el río Chili, que hace de Arequipa un pequeño oasis a 100 kilómetros de la costa del Pacífico. El volcán Misti domina la ciudad, que se encuentra a unos 2.300 metros de altitud sobre el nivel del mar.

En tiempos de la beata, siglo XVII, se cosechaba abundante vino del que se proveía incluso a Lima, Cuzco, Potosí y otros lugares. También había toda clase de frutas, con abundante trigo, maíz y aceite de oliva.

Todos los cronistas de aquel tiempo como los agustinos Antonio de la Calancha o Bernardo de Torres, concuerdan en alabar la fecundidad de la tierra, lo sano del clima, lo sano de sus aguas y la nobleza de sus habitantes.

Era una ciudad próspera. Como botón de muestra, el historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte afirma que, el 2 de diciembre de 1647, con motivo de la entrada en la ciudad del obispo Pedro de Villagómez, *el Cabildo ordenó que se entregasen al mayordomo 2.000 pesos para los gastos del recibimiento*¹.

La ciudad está ubicada en una región sísmica y ha sufrido grandes terremotos a lo largo de su historia, especialmente en 1582, 1604, 1666 y 1668. En su jurisdicción estaban las provincias de Condesuyos, Ubinas, Collaguas, San

¹ Vargas Ugarte Rubén, *Historia de la Iglesia en el Perú*, tomo III (1640-1699), Burgos, 1960, p. 153.

Vítor y Chuquiguanitas. Tenía unos 50.000 indios tributarios y los vecinos en la ciudad eran cerca de 600².

Según el historiador Antonio Vázquez de Espinoza, a fines de 1618, la ciudad tenía 300 españoles sin contar negros, indios y demás gente de servicio³.

Los indios solían vivir en los arrabales de la ciudad, en ranchos pobres. En los campos, se les obligaba a vivir en reducciones, donde se podía encontrar mano de obra disponible y barata, facilitando así el trabajo de los encomenderos para el cobro de impuestos. Los indios eran vasallos del rey de España y no podían ser esclavizados. Por eso, la peor parte en aquella sociedad la llevaban los esclavos negros, que no tenían derechos. Sin embargo, muchos eran liberados por sus amos al morir estos o como premio a sus méritos o cuando ya estaban enfermos y ancianos. De todos modos, había mucha diferencia social entre el blanco europeo, el indio, el mestizo, el zambo y el negro libre o esclavo. Estas diferencias se manifestaban en el modo de vestir. Los indígenas solían vestir camisetas, calzoncillos y ponchos. Llevaban sombreros de fieltro y solían andar descalzos. Los españoles y criollos (nacidos en América) se vestían con calzas, camisas y casacas. Llevaban sombreros finos de fieltro y zapatos; y muchos sabían leer y escribir⁴.

En cuanto a la vida cristiana podemos decir que había un ambiente de piedad generalizado. En muchas casas de españoles se rezaba el rosario en familia, se trataban con reverencia y respeto las cosas sagradas y asistían frecuentemente a misa. Evidentemente, también había pecados sociales como el maltrato a los esclavos o indígenas, y otros muchos como el concubinato.

Los pecados que prácticamente no existieron fueron la blasfemia, el suicidio y el aborto. En general, podemos decir que aquella sociedad virreinal tenía santos y pecadores, había gente buena y mala, como en todas partes. Pero no es casualidad que en el Perú de aquel tiempo brillaran grandes santos como santa Rosa de Lima (1586-1617), san Martín de Porres (1579-1639), san Juan Macías (1585-1645), santo Toribio de Mogrovejo (1538-1606), san Francisco Solano (1549-1610), nuestra beata, ocho siervos de Dios y veinte bienaventurados reconocidos como tales por la Iglesia. Incluso, podemos añadir a santa Mariana de Quito (1618-1645), que pertenecía al virreinato del Perú.

² Calancha Antonio de la, *Crónica Moralizadora del Orden de san Agustín en el Perú*, tomo IV, Lima, 1982, p. 1544.

³ Vázquez Espinoza Antonio, *Compendio y descripción de las Indias occidentales*, 1628. Transcripción del manuscrito original por Charles Upson Clark, Washington, 1948, p. 466.

⁴ Cieza de León, *La Crónica del Perú*, Buenos Aires, 1945, p. 212.

MONASTERIO DE SANTA CATALINA

El cabildo de la ciudad de Arequipa, en reunión del 22 de octubre de 1568, decidió poner en práctica un deseo que latía en el corazón de todos desde hacía mucho tiempo: tener en la ciudad un monasterio de monjas. Desde ese día, empezaron a organizarse y a tomar en serio ese deseo. Sin embargo, debieron pasar varios años para ver ese deseo hecho realidad.

Con el permiso correspondiente del Cabildo, que en nombre del rey de España tenía el derecho de patronazgo para fundar monasterios, se comenzaron a hacer todas las gestiones correspondientes.

Como fundadora se considera a doña María de Guzmán, una joven viuda sin hijos, de 36 años, que el 13 de agosto de 1576 ya manifestó su deseo de fundar *un monasterio de monjas de la Orden de santa Catalina de Siena de los predicadores*⁵.

El 16 de julio de 1579, el obispo de Cuzco, a cuya jurisdicción perteneció Arequipa hasta 1600, firmó la correspondiente Provisión por la que autorizó la fundación eclesiástica del monasterio. El primero de setiembre se firmaron las capitulaciones u ordenaciones entre el Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad (ahora diríamos Municipio); y el Vicario del obispo de Cuzco. Y se presentaron cuatro peticiones para monjas.

La primera, la de la fundadora María de Guzmán. Ella misma solicitó también la entrada de Gerónima de Sena como monja lega de toca blanca. Bartolomé Pérez, herrero, presentó la petición de su hija Juana Pérez. También presentó su petición doña Ana Gutiérrez, mayor de 24 años. Y el 10 de setiembre presentó su solicitud otra doncella, llamada Ana de Jesús. Las dotes que debían pagar fue bajada a 350 pesos de plata ensayada y marcada, además de 100 pesos de plata corriente, por ser las primeras.

El 12 de setiembre, María de Guzmán hizo la escritura de entrega de sus bienes para la fundación del monasterio, entregando una finca de seis fanegas de tierra, 1.000 pesos de plata ensayada y marcada, y otros bienes materiales con valor aproximado de 3.500 pesos. Y el día 13 de setiembre de 1579 comenzó propiamente la fundación, ya que recibieron el hábito las cuatro primeras aspirantes, incluida la fundadora.

⁵ Archivo Regional de Arequipa, sección notarial, del 13 de agosto de 1576, fol 556.

Entre las cláusulas de la fundación estaba por ejemplo, que el número de religiosas sin dote fuera de dos. El número de doncellas mestizas, que podían ser recibidas como religiosas sin velo y sin voto activo ni pasivo, fuera de seis. Para profesar debían tener al menos 16 años cumplidos. El obispo se comprometía a nombrar y mantener un capellán de buena vida y ejemplo para atender espiritualmente al monasterio. También, de acuerdo a las cláusulas, podían recogerse dentro del monasterio, no como religiosas, sino como seglares, algunas casadas o viudas, *siendo calificadas personas*, durante el tiempo que el Cabildo y el obispo consideraran prudente, pero no podrían dormir ni comer en compañía de las religiosas.

Este último punto fue uno de los más decisivos en los abusos que se cometieron posteriormente, pues el modo de vivir de estas seglares con su manera de vestir con lujo, con varias sirvientas y esclavas, y con facilidad para salir, contagió en cierta medida a las religiosas del convento con quienes se relacionaban fácilmente. Otro punto importante que hay tener en cuenta es que, desde el principio, hubo algunas niñas pequeñas de familias ricas que sus padres llevaban al convento para que fueran educadas en la vida cristiana. Sin embargo, a excepción de la fundadora, las otras tres primeras postulantes eran pobres. Juana Pérez era hija de un herrero. Gerónima de Sena entró sin pagar dote por ser pobre. Y Ana de Jesús, por ser pobre, pidió que se le concediera una limosna durante el año del noviciado de 100 pesos. Por ello, el investigador del monasterio Dante Zegarra declara: *Puede fácilmente observarse que la afirmación tan difundida en el sentido de que el monasterio de Catalina de Siena fue exclusivo para las señoras ricas de la época, carece de verdad*⁶.

El 2 de octubre de 1580 hicieron las candidatas su profesión religiosa y comenzaron una andadura que permanece hasta el día de hoy a través de las generaciones de religiosas que han poblado este monasterio a lo largo de los siglos. En la actualidad, el monasterio antiguo está destinado exclusivamente al turismo, mientras que la Comunidad vive en un moderno monasterio dentro de sus muros y con una hermosa iglesia, que es orgullo y gloria del convento y de la ciudad.

⁶ Zegarra Dante, *Monasterio de santa Catalina de Sena de Arequipa y doña Ana de Monteagudo*, Editora Deso, Lima, 1985, p. 63.

SUS PADRES

El padre de la beata fue un español nacido en Villanueva de la Jara, provincia de Cuenca, en España. Se llamaba Sebastián de Monteagudo y era hijo legítimo de Pedro García de Monteagudo y de Ana de Hernández⁷.

Su padre era sobrino o pariente muy próximo de santo Tomás de Villanueva (1488-1555). La madre de Ana era una mestiza arequipeña llamada Francisca de León, que en algunos documentos aparece como Francisca Ruiz de León⁸. Fue hija del ex-corregidor de Arequipa Juan Ruiz de León, natural de la villa de santa Cruz de Mudela, maestrazgo de Calatrava de España⁹ y de Ana Palla¹⁰, indígena de la nobleza inca.

Sebastián de Monteagudo y Francisca Ruiz de León contrajeron matrimonio antes del dos de diciembre de 1586¹¹, pues en esa fecha Sebastián firmó la carta de dote y arras cuyos montos le fueron entregados por Francisco Ruiz de León, tío y tutor de Francisca¹².

Los esposos Monteagudo-León tuvieron varios hijos legítimos: Francisco (que sería sacerdote), Mariana, Catalina, nuestra Ana, Juana, Inés, Andrea y Sebastián. Así lo expresó Don Sebastián el dos de enero de 1616 en su testamento cerrado¹³.

Eran de buena posición social. Tenían varias casas y más tarde tuvieron una pulpería¹⁴. Don Sebastián de Monteagudo fue un exitoso comerciante, fabricante de jabón en Socabaya y productor de aceituna y aceite de oliva en Chule¹⁵. Parece que era buen cristiano; porque, según le dijo la misma sor Ana al padre Marcos de Molina: *Nunca le oyó blasfemar, maldecir o jurar en vano. Y cuando estaba molesto decía: “Válgame la Santísima Trinidad”*¹⁶.

En el testamento que hizo el dos de enero de 1616 la reconoce como heredera. Dice que sus hijas Catalina y Ana de Monteagudo, *además de la*

⁷ Archivo regional Arequipa, sección histórica, causas civiles de 1617-1619. Expediente sobre los bienes de Sebastián de Monteagudo fol. 30.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ib.* fol 38.

¹⁰ *Ib.* fol 30.

¹¹ *Ib.* fol 33.

¹² *Ib.* fol 31.

¹³ *Ib.* Expediente sobre los bienes de Sebastián de Monteagudo, fol 92.

¹⁴ *Ib.* sección notarial del escribano Juan Pérez de Gordejuela, del año 1631, fol 496.

¹⁵ Archivo municipal de Arequipa, libro de acuerdos del Cabildo de 1601, fol 373.

¹⁶ Positio, p. 158.

herencia que les perteneciere, han de haber los dichos dos mil pesos que declaro en este testamento deberles, por habérmelos dado una persona para ellas como dicho es¹⁷.

Sebastián de Monteagudo murió el 23 de enero de 1616¹⁸ y su hija siempre lo recordó con cariño y rezó por él, al igual que por su madre, como buena hija.

El padre Marcos de Molina declara que siempre les tuvo cariño y veneración, de modo que, cuando murieron, hizo muchos sufragios especiales por ellos. Para su padre había dedicado el día en que se celebra el misterio de la Santísima Trinidad, porque era muy devoto de él. Por su madre hacía sufragios el día de la Inmaculada Concepción. Al preguntarle un día a sor Ana si con tantos sufragios no estarían ya en el cielo, ella respondió que esperaba que ya estarían gozando de Dios, pero que allá arriba sabrían aplicar sus oraciones y sufragios por aquellos que quisieran, teniendo así con qué ejercitar su generosidad, pues en vida habían sido compasivos y misericordiosos¹⁹.

ANA DE MONTEAGUDO

Probablemente, nació el año 1602 tal como lo aseguran la mayoría de los historiadores. Así lo considera también la sagrada Congregación para las causas de los santos al referirse a ella. Sin embargo, es más difícil determinar la fecha de su nacimiento, ya que la sacristía de la catedral se incendió en octubre de 1620²⁰.

Con ellos se quedaron sin fe de bautismo todos los arequipeños nacidos en los primeros ochenta años de vida de la ciudad. Por tradición, se ha afirmado que nació el 26 de julio, día de santa Ana, pues normalmente solían poner a los recién nacidos el nombre del santo del día. Pero también pudiera ser, porque quisieron ponerle el nombre de sus dos abuelas: Ana Hernández y Ana Palla.

A los tres años, sus padres, según testimonio de varios testigos del Proceso de beatificación, la llevaron al monasterio para ser educada. La educación comprendía especialmente el aspecto moral y catequístico con las labores del hogar. Es sorprendente que en el Proceso se diga que no sabía firmar, cuando fue

¹⁷ Archivo regional de Arequipa, sección histórica, año 1617-1619, fol 65.

¹⁸ Archivo regional de Arequipa, sección histórica, Cabildo: Causas civiles (1617-1619). Expediente sobre los bienes de Sebastián de Monteagudo, fol 92.

¹⁹ Positio, p. 158.

²⁰ Martínez Cornejo Santiago, *La catedral de Arequipa y sus capitulares*, Arequipa, 1931, p. 17.

elegida Priora. Quizás fuera, porque su madre decidió sacarla del monasterio cuando tenía siete u ocho años, y no había tenido tiempo para ello.

De todos modos, Ana era muy pequeña para oponerse a la voluntad de sus padres, aunque en su corazón latía permanentemente el deseo de volver para consagrarse totalmente al servicio de Dios.

Sor Marta de san Nicolás y su hermana Petronila de Monserrat aseguran que fue su madre la que con muchas lágrimas la persuadió a dejar el convento para volverse a casa, cuando era muy pequeña, lo que hizo por contentar a su madre, aunque tenía el deseo de volver de nuevo al convento²¹.

Pero un día se desató en ella una tremenda tempestad interior. Sus padres, según las costumbres de aquellos tiempos, pensando en hacerle un bien, decidieron comprometerla en matrimonio con un joven de rica familia. Al saberlo, Ana se rebeló interiormente y redobló sus oraciones, pidiendo ayuda al cielo para salir de aquella confusión. ¿Debía obedecer a sus padres o seguir su llamada interior?

Es entonces, cuando se le aparece santa Catalina de Siena y le aclara la voluntad de Dios, dándole coraje para abandonarlo todo y meterse al convento, aun en contra de la voluntad de sus padres.

ENTRADA AL CONVENTO

El padre Marcos de Molina afirma que le contó la misma sierva de Dios que sus padres la llevaron a educar al monasterio a los tres años y, cuando tenía siete u ocho años, la sacaron de allí y la llevaron a su casa con el fin de prepararla para el matrimonio, cuando llegara a la edad competente, a los 14 ó 15 años. Estando la sierva de Dios un día retirada en un rincón de su casa, haciendo oración y pidiendo a Dios que la iluminase sobre lo que debía hacer, se le apareció santa Catalina de Siena y, mostrándole un hábito más blanco que la nieve, le dijo: *Hija mía, este hábito te lo he preparado. Tú debes dejarlo todo por Dios y te aseguro que nada te faltará.* Se desvaneció la visión y la sierva de Dios quedó con gran paz y alegría espiritual. Al llegar la tarde, preguntó a un jovencito llamado Domingo, si sabía dónde estaba el convento y le dijo que sí. Se fue con él y, encontrando la puerta abierta, entró en el convento donde ya la conocían. Y al jovencito le pidió que regresara a su casa para dar la noticia.

²¹ Positio, p. 82.

Se retiró a la celda de una religiosa con la que había estado anteriormente y le pidió un hábito. Le preparó uno de los suyos, aunque estaba viejo y roto; y por la mañana del día siguiente, se lo puso²².

A la mañana siguiente, fue su madre al convento para hacerle regresar a casa, pues la había comprometido ya en matrimonio, dando su palabra. Para esas fechas, 1616 ó 1617 su padre ya no estaba, pues había muerto en enero de 1616.

Sor Marta de san Nicolás, testigo de primera mano, que vivió muchos años con sor Ana en el convento, asegura que *venida su madre, le rogó para que dejase el hábito y regresara con ella a la casa. Y para mejor animarla, trajo consigo muchas joyas preciosas y las tiró a sus pies, diciéndole que todo ello sería suyo, si volvía con ella, y que le daría un esposo muy rico. Pero nada de esto sirvió para cambiar el ánimo y la santa resolución de la sierva de Dios*²³.

Sor Petronila de Monserrat afirma que su madre fue a verla con algunos cofres en los que tenía joyas y se las tiró a sus pies, pero la sierva de Dios las rechazó; de modo que su madre volvió a recogerlas y se fue diciéndole que no contase más con ella y que no le daría la dote ni la volvería a ver. Y esto lo cumplió, pues hasta pasados algunos años no la vino a visitar, muriendo tres días después de haberla visto²⁴.

Los primeros meses en el convento estuvo como en custodia, siendo seglar, aunque vestía hábito. La Priora pensaba que podría doblegarla, haciéndole trabajar como una sirvienta más del monasterio, pero al darse cuenta de su verdadera vocación, le empezó a manifestar aprecio y consideración. ¿Cuándo entró realmente al monasterio? Algunos aseguran que a finales del año 1617. Ya que, según un documento del 21 de julio de ese año, firmado por el escribano público Sebastián Marino, se dice que él *encontró en su casa a doña Catalina y a doña Ana de Monteagudo, hijas y herederas, menores de 25 años y mayores de doce*²⁵.

Una vez que se estabilizó su situación, el Consejo de Madres la aceptó para seguir la vida religiosa. Hizo, al menos, tres meses de postulante y fue admitida al noviciado. Para ello era preciso que alguno de sus familiares próximos se comprometiera a pagar la dote para su alimentación durante el noviciado. De su madre no podía esperar nada. Y Dios la ayudó por medio de Francisco, su hermano sacerdote, quien en escritura firmada el 28 de noviembre

²² Positio, pp. 84-85.

²³ Positio, pp. 82-83.

²⁴ Positio, p. 80.

²⁵ Archivo regional de Arequipa, Causas civiles, años 1617-1619, fol 66.

de 1618 le da la dote para poder profesar. El padre Marcos de Molina afirma que esta escritura auténtica la vio personalmente²⁶.

NOVICIADO

Teniendo lista la dote, fue admitida al noviciado el 30 de noviembre de 1618, día de san Andrés, añadiendo a su nombre el apelativo *de los ángeles*. Todo transcurrió normalmente, destacándose entre sus compañeras por su espíritu de sacrificio, su vida de piedad y su amor a las almas del purgatorio.

Este amor por las benditas almas comenzó durante el noviciado. Sor María de los Remedios y otros testigos coinciden en afirmar que un día encontró unos folios viejos sobre la vida de san Nicolás de Tolentino en los que se hablaba sobre la gran devoción que tenía a las almas del purgatorio y los sufragios que les ofrecía para que fueran liberadas de las penas que padecían. Apenas comprendió esto, se le llenó el corazón de una devoción a este santo y quiso imitarlo en ayudar a las benditas almas²⁷.

Desde ese momento, san Nicolás²⁸ fue para ella un padre, un hermano, un amigo, un maestro y su patrono. Y siempre tuvo su imagen en la celda. Otro acontecimiento que sucedió probablemente en el noviciado, pero que también la animó a rezar por las almas fue el que relata un autor anónimo dominico que escribió su vida hacia 1725. Relata que, siendo una jovencita, se hicieron unos funerales solemnes por los indios de la parroquia de santa Marta. Con este motivo, llevaron al monasterio huesos y cráneos que habían sacado de unas excavaciones. El sacristán de entonces le pidió que fuera a llamar a la hermana sacristana, prometiéndole que, después, le regalaría un melón.

²⁶ Positio, p. 85.

²⁷ Positio, p. 128.

²⁸ Los padres agustinos habían fundado un convento en Arequipa en 1575 y habían dedicado este templo a san Nicolás de Tolentino, constituyéndose en propagadores de su devoción. San Nicolás de Tolentino (1245-1305) es considerado patrono y protector especial de las almas del purgatorio. Su devoción por las almas tuvo su origen en una aparición de 1274. Se le presentó el alma de fray Pellegrino, quien le pidió que celebrara una misa por él. Después, le mostró una pequeña llanura en la que se encontraba una gran multitud de gente de todo sexo, edad y condición. Y le dijo: *Ten compasión de esta multitud desgraciada que espera tu ayuda. Si celebras la misa por nosotros, la mayor parte de esta gente será liberada de estos atrozísimos tormentos*. Nicolás celebró la misa por aquella gente, durante la semana, a la vez que rezaba día y noche con lágrimas de amor. A los siete días, se le apareció el mismo Pellegrino para agradecerle su misericordia, diciéndole que tanto él como gran parte de aquella multitud habían sido liberados por la misericordia de Dios por las misas celebradas. Puede leerse el relato completo en Pietro de Monterubbiano, *Historia beati Nicolai de Tolentino*, Biblioteca egidiana, Tolentino, 2007, cap. V, pp. 107-108.

Fue rápida. Y al regresar, el sacristán le entregó un envoltorio, diciéndole: *Aquí está el melón*. Al destaparlo, vio con tristeza que era una calavera. Creyó que había ofendido al Señor por haberla recibido con tanta alegría y oró pidiéndole perdón. El Señor no tardó en hacerle comprender que no había sido un melón convertido en calavera lo que le regalaron, sino una verdadera calavera. Entonces, ella dijo: *Así son los regalos del mundo*. Pero deseando saber si era de hombre o de mujer, se lo preguntó. Y respondió: *Soy Juana y espero tus sufragios para ser aliviada en mis penas*. Dice el autor: Parece que fue la providencia divina quien le envió esta alma para que fuese su fiel compañera, ya que, desde entonces, la tuvo siempre consigo hasta que se incendió su celda²⁹.

Con esta experiencia, se aumentó aún más su amor por las almas benditas y decidió dedicar sus oraciones y sufrimientos, de una manera especial, por la salvación de estas almas. Se preocupó de conseguir dinero para mandar celebrar misas por ellas. Para ello, procuraba trabajar con diligencia en algunos trabajos remunerativos, permitidos por su estado, para ganar así algo para ayudar a las almas³⁰. Estando en el noviciado, mandó celebrar la primera misa en favor de las almas. Y como no tenía dinero, vendió sus sandalias para obtener así un patacón (moneda) para poder mandar celebrar una misa en honor de san Nicolás y en favor de las benditas almas³¹.

Cuando llegaba el fin del noviciado, según las normas, tuvo que renunciar a todos sus derechos de herencia. Así lo afirma su hermano Francisco: *Mi hermana Ana renunció en mí a sus legítimas y herencia por nuestro padre Sebastián de Monteagudo difunto*³².

Y con esta renuncia, estaba lista para profesar, lo que hizo en diciembre de 1619, a los 17 años.

SACRISTANA

Pocos años después de su profesión recibió el oficio de sacristana. El Padre Marcos de Molina que, como capellán, la conocía bien, afirma que, cuando la pusieron de sacristana, *nunca permitía que otras lavaran los purificadores y corporales. Lo hacía siempre personalmente con mucha devoción*. Y a los

²⁹ Positio, documenta III, pp. 116-117.

³⁰ Padre Alonso de Cabrera, *Vida y milagros de la venerable sor Ana de los Ángeles*, Positio, documenta II, p. 83.

³¹ Ib. p. 81.

³² Archivo regional de Arequipa, sección notarial, Poder de Francisco de Monteagudo a Cristóbal Ramos del 11 de enero de 1620.

sacerdotes que venían a celebrar los atendía con cortesía y los recompensaba de acuerdo a sus posibilidades y les aconsejaba tratar con devoción las cosas sagradas. Cuando por algún motivo grave, no podía asistir a la celebración de alguna misa, se llenaba de tristeza por no tener la oportunidad de ofrecerla por las almas. En una oportunidad, se sintió desvanecer y cayó desmayada por estar toda la mañana oyendo misas, pero prefirió aquel malestar antes que dejar de oír una sola misa, porque sentía escrúpulo de dejar de aplicar la misa por las almas benditas³³.

En una Semana Santa en que estaba enferma y no podía asistir a los Oficios de la iglesia como sacristana, para que su ausencia no diera lugar a irreverencias con las cosas sagradas, se hizo llevar a la sacristía para atender personalmente su oficio³⁴.

El autor dominico anónimo que escribió su vida, cuando todavía vivían muchos testigos que la conocieron, dice que la obediencia la colocó en el honorífico empleo de sacristana. Cargo que aceptó con placer. Tenía cuidado de la limpieza y pureza del templo. Y daba muchas gracias a Dios por la gracia recibida de poder emplearse en tan santo servicio. Trataba las cosas sagradas con grandísimo respeto y amor. Si tocaba los corporales para lavarlos, miraba en ellos los lienzos en los que se colocaba su amado esposo bajo las especies de pan y vino. Tenía mucho cuidado de los ornamentos, deseando que fuesen de mucho valor o, al menos, tuvieran el decoro y la belleza convenientes... En el sagrario veía a Jesús sentado en un trono rodeado de querubines y serafines, quienes día y noche no cesaban de alabarlo y de cantarle santo, santo, santo³⁵.

Nunca permitió usar para la misa cosas en mal estado, siempre buscaba lo mejor y más delicado. El agua para el lavabo la mezclaba con agua de flores³⁶. Incluso pidió insistentemente a Dios que le concediera una imagen más bella de la Virgen María para el altar mayor de la iglesia del monasterio y la consiguió.

El año 1642, siendo todavía sacristana, tuvo lugar una visita secreta al monasterio por disposición del Deán y del Cabildo eclesiástico. Fue realizada por Don Juan de Galdo Arellano, visitador general del obispado. Sor Ana fue una de las 29 religiosas que respondieron al pliego de preguntas. Es interesante anotar que, en la cuarta pregunta, responde que las religiosas Marta de Ceballos y Francisca de la Cuadra traen polleras que dan mal ejemplo por ser trajes

³³ Positio, pp. 153-154.

³⁴ Ibidem.

³⁵ Positio, documenta III, pp. 113-114.

³⁶ Positio, documenta III, p. 115.

seculares³⁷. Sor Ana no firma su declaración, porque parece que no sabía firmar, como aparecerá al ser Priora.

En 1645, durante el Priorato de sor Juana de Solís y Lao, sor Ana formaba parte del Consejo de Madres del monasterio³⁸. Y el año 1646 ya aparece como maestra de novicias.

MAESTRA DE NOVICIAS

Después de ser sacristana, le encomendaron el cargo de maestra de novicias. Quizás estuvo en ese cargo desde 1646 hasta ser nombrada Priora. Sor María de los Remedios dice que *su santa maestra era muy humilde y se creía la peor pecadora del mundo, pero no por ello desconfiaba de la infinita misericordia de Dios*³⁹. Sor Ana María de los Remedios afirma que, cuando ella recibió el hábito y la tuvo de maestra en el noviciado, se admiraba con las otras novicias de que su maestra caminase con unos zuecos de madera con los pies descalzos. Se ponían a observarla con qué prisa caminaba y se preguntaban entre ellas: *Mira cómo camina nuestra maestra y cómo hace para caminar con tanta prisa sin caerse*⁴⁰.

La misma testigo afirma que sor Ana era un ejemplo vivo para sus novicias. Ella cumplía fielmente hasta lo más mínimo de las Reglas y Constituciones; y así quería que fuera cumplido por las novicias. Las instruía con amor, haciendo ella primero lo que tenían que hacer, para que fueran motivadas por su ejemplo. Y lo hacía con tanta persuasión y eficacia que *con placer y sin contrariedad se hacía lo que decía la sierva de Dios. Y esta declarante lo dice por experiencia*⁴¹.

Como maestra, amaba a sus novicias como una madre y se preocupaba de ellas. Sor María de la Concepción, manifiesta: *Cuando fui su novicia, siendo pobre y necesitada, me daba de comer y me socorría con otras cosas de las cuales tenía necesidad. Y su caridad era tan grande que, cuando le mandaban sacos de maíz o de otras cosas, no se preocupaba de satisfacer su necesidad por*

³⁷ Archivo del obispado de Arequipa. Expediente de la visita secreta al monasterio de santa Catalina del año 1642, en 41 fojas sin numerar.

³⁸ Archivo regional de Arequipa, sección notarial, año 1645, fol 108.

³⁹ Positio, p. 329.

⁴⁰ Positio, p. 329.

⁴¹ Positio, p. 73.

*atender primero a las demás, repartiendo entre las religiosas todo lo que recibía*⁴².

Sor María Teresa González recuerda que, cuando sor Ana fue maestra de novicias, tuvo por novicia a una sobrina (de la beata) que en el mundo había llevado una vida muy disipada. Fue convertida por los consejos de la sierva de Dios y entró al convento para ser religiosa. Durante el noviciado, fue muy fervorosa y reparó su mala vida con sus penitencias. Murió antes de terminar el noviciado⁴³.

El padre Elías Passarell dice sobre la muerte de la sobrina: *Entró en una suave agonía, derramó algunas lágrimas, al acordarse de las culpas de su juventud y, tomando un devoto crucifijo, lo abrazó exhalando tiernos suspiros; y dándole un amoroso beso, entregó su espíritu, quedando el cadáver como sumido en un dulce sueño*⁴⁴.

La tía se quedó tranquila, sabiendo que la sobrina estaba gozando de la paz eterna de Dios.

PRIORA

Se sabe que era Priora el año de 1617, porque el dos de noviembre, en unión con el Consejo de Madres, sor Ana, como Priora, solicitó al Cabildo de la ciudad que *diera licencia a las jóvenes Catalina y Magdalena Butrón para que ingresaran al monasterio con una rebaja en la dote en atención a que eran cuñadas del alférez real Martín de Gareca, mayordomo del monasterio durante muchos años*⁴⁵.

Fue elegida Priora con el apoyo del obispo Pedro de Ortega que la conocía y tenía por santa, pues veía que se necesitaba una mujer fuerte para reformar el monasterio. Ella, sin embargo, se sentía totalmente indigna e incapaz para asumir dicha responsabilidad. El padre Marcos de Molina afirma que se sentía inútil y sin dotes para gobernar. Ello le movió a poner las llaves que le habían dado a los pies de una imagen de Nuestro Señor y, valiéndose de la intercesión de la Virgen, le suplicó que buscara una persona que fuese más adecuada para ejercer el oficio.

⁴² Positio, p. 218.

⁴³ Positio, p. 98.

⁴⁴ Passarell Elías, *Vida de la reverenda Madre sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, 1920, pp. 276-277.

⁴⁵ Archivo municipal de Arequipa, año 1647, fol 485.

Entonces, oyó una voz que le dijo: *Toma las llaves y gobierna, pues yo te lo mando. Ella obedeció y tomó las llaves, diciendo que tomaría con gusto aquel penoso sacrificio, si le ayudaba. Y oyó de nuevo la voz: Sí, te ayudaré. Ya no volvió a insistir más, aunque tenía temor, porque tenía mucha confianza en el Señor al obedecer su mandato*⁴⁶.

Al recibir el cargo, había en el convento unas 300 personas: 75 monjas de coro de velo negro, 17 legas, 5 novicias, 14 donadas o religiosas servidoras y siete empleadas personales. También había 75 niñas educandas y 130 sirvientes seculares para cocinar, limpiar, hacer el pan, etc; además de algunas huérfanas y viudas seculares que vivían allí. El hecho de tener muchas empleadas era también motivo de preocupación, pues se daban casos en que se escapaban por la noche o no se comportaban como personas ejemplares.

Por supuesto que el convento tal como se entendía en aquel tiempo no era algo parecido a los conventos actuales, donde sólo viven las religiosas. Entonces, se veía normal que fuera también un refugio para viudas, huérfanas, jóvenes desengañadas o esposas abandonadas. Algunas religiosas se contagiaban de sus ideas y usaban joyas y anillos, se echaban perfumes y pomadas y leían novelas no apropiadas. Por las noches, el locutorio estaba abierto para hablar con seculares. Algunas religiosas, debajo de sus hábitos, usaban ropa de lienzo fino con encajes y cosas profanas, incluso usando polleras o vestidos de seculares.

Por otra parte, algunas religiosas tenían empleadas personales y, en ocasiones, más de una; también manejaban el dinero que les daba su familia, lo que llevaba en la práctica a existir diferencias entre religiosas pobres y ricas. En cuestión de obediencia, dejaban mucho que desear. El padre Marcos de Molina recuerda: *Era preciso muchas tocadas de campana para que la Comunidad se reuniese a participar en la misa, haciendo esperar mucho tiempo al sacerdote después de estar vestido*⁴⁷.

Doña Francisca de Monteagudo refiere que, *cuando sor Ana fue elegida Priora, algunas religiosas, viéndola tan pobre y humilde, decían: “Mira qué Priora nos hemos escogido, si no sabe ni leer ni escribir. ¿Cómo firmará cuando tenga necesidad?”*. Y la sierva de Dios dijo que el Señor la ayudó⁴⁸.

Sor Catalina de Jesús declara que sor Ana, al ser elegida Priora, quiso dar una charla a la Comunidad, pero se encontró tan corta que no sabía qué decir. Le

⁴⁶ Positio, p. 118.

⁴⁷ Positio, p. 85.

⁴⁸ Positio, p. 275.

pidió al Señor que la ayudase y con esa confianza en Él, se puso a hablar sobre la caridad, de modo que todas quedaron maravilladas. Sobre todo, porque la sierva de Dios no solía hablar, sino por necesidad y con pocas palabras. Y a los pocos días, debiendo firmar, se dio cuenta de que sabía escribir, reconociendo en ello la ayuda del Señor que le había mandado gobernar y que le ayudaba como le había prometido⁴⁹.

El padre Marcos reconoce que, al querer hacer las reformas necesarias, tuvo muchas dificultades prácticas. *El relajamiento había llegado a tal grado que usaban cosas profanas como si fueran señoras que vivían en el mundo. Y ella se esforzaba para que se comportaran como verdaderas esposas de Jesús y tuvieran costumbres de acuerdo a su estado.*

Cuando alguna religiosa faltaba a la obligación de su estado, la llamaba a solas y le aconsejaba con gran amor y palabras suaves para no dar lugar al castigo que se merecía. Pero, si no cambiaba, la castigaba como merecía, aunque siempre procuraba mitigar la pena, consultando a personas doctas para no contradecir en cosa alguna lo mandado por las Constituciones⁵⁰.

Como Priora y Madre de la Comunidad, se preocupaba de las necesidades de todas y cada una de las religiosas, tanto materiales como espirituales. Doña Francisca de Monteagudo recuerda que una vez le dieron una pieza de lana para hacerse un hábito; pero, al momento, se lo dio a la maestra de coro, diciendo que ella lo necesitaba más, ya que ella tenía suficiente con uno roto y remendado. Y para que algunas religiosas de las más pobres asistieran al Oficio divino, la misma sor Ana solicitaba y buscaba breviarios y hábitos y les compraba cuanto necesitaban con el dinero que le daban de limosna, para que ninguna faltara a alabar a Dios⁵¹.

Sor Francisca de la O manifiesta que tenía una gran caridad con el prójimo y, en especial, con los pobres con quienes ocupaba mucho tiempo en conversaciones, remediando su necesidad y dándoles limosnas, incluso de aquello que ella tenía necesidad para ella misma⁵².

Esta actitud caritativa con todos la aprendió de su padre. Decía que su padre había sido muy caritativo y que, cuando tenía dinero, le decía a ella: *Toma, hija, toma lo que necesites para gastarlo.* Y ella le decía: *No, padre, no quiero*

⁴⁹ Positio, p. 138.

⁵⁰ Positio, p. 240.

⁵¹ Positio, p. 195

⁵² Positio, p. 110.

*monedas grandes sino pequeñas. Y su padre le daba reales y medios reales que repartía al momento entre los pobres*⁵³.

Por otra parte, colaboraba en las tareas más sencillas como barrer, limpiar y cocinar. Sin embargo, las descontentas la acusaron al obispo de que no les daba lo necesario y pasaban hambre. El obispo se presentó de improviso y se fue derecho a la cocina, donde encontró a la Madre Ana que estaba preparando todo para la comida de la Comunidad. El obispo miró las ollas y probó los alimentos y manifestó que todo estaba muy bueno y la cocina estaba muy limpia. En el comedor vio los grandes panes que tenía cada una. Y se regresó, reconociendo que las acusaciones habían sido falsas. Y así, una vez más, quedó admirado de la humildad y prudencia de la sierva de Dios⁵⁴.

Entre las reformas que hizo casi de inmediato, una fue cerrar los locutorios por las noches para que no estuvieran hablando con seglares sin permiso expreso de la Superiora. Les insistió mucho que dejaran los vestidos lujosos, que no leyeran novelas mundanas ni usaran tantos afeites, perfumes o pomadas. Pero algunas religiosas no aceptaban sus insistentes reprensiones y consejos, y seguían haciendo lo mismo. Decían: *Porque ella es pobre y se viste como un alma en pena, quiere que así andemos nosotras*⁵⁵.

Por eso, un día, llevada de un santo celo por el bien de sus hijas y por el servicio y honor de Dios, mientras las religiosas estaban en el coro, recogió todos los vestidos profanos, de telas recamadas en oro y plata o de seda, y con gran coraje y confianza en Dios los hizo quemar en el horno del pan. Este fue el punto clave que hizo explotar la tensión. Algunas religiosas le tomaron tal resentimiento que aquella misma noche le obstruyeron la puerta de su celda con cuernos de carnero y palos, de modo que a la mañana siguiente no podía salir y empezó a gritar, pidiendo ayuda⁵⁶.

Una novicia se fue al obispo don Pedro de Ortega a contarle lo que había pasado. Y vino el obispo para averiguar quienes habían sido las culpables. Las que habían tapiado la puerta decían entre sí: *Ella dice que tiene revelaciones, vamos a ver si sabe quiénes hemos sido*. El obispo le preguntó a sor Ana si sabía quiénes habían sido y ella le respondió que sí y le dio los nombres, porque las había visto en sueños⁵⁷.

⁵³ Marta de san Nicolás, Positio, p. 441.

⁵⁴ Sor Juana de santo Domingo, Positio, p. 269.

⁵⁵ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 273.

⁵⁶ Positio, p. 166.

⁵⁷ Juana de santo Domingo, Positio, p. 268.

El biógrafo dominicano anónimo anota que, antes de decirle los nombres al obispo, le dijo: *Yo, ilustrísima, diré quiénes son las culpables, pero le ruego que el castigo caiga sobre mí, porque la causa de estos desórdenes es fruto de mi imprudencia*⁵⁸. Y el obispo, viendo su caridad y humildad, aceptó la propuesta de no castigar en aquella ocasión a las culpables.

El padre Marcos anota que, cuando tomó posesión como obispo de Arequipa don Gaspar de Villarreal, algunas religiosas le hablaron mal del convento y de la Priora. Monseñor les creyó y se fue a investigar. Reunió a la Comunidad y les habló lleno de ira por todo lo que le habían dicho.

Entonces, se levantó la Madre Ana y le dijo que estaba mal informado y que, si alguna tenía la culpa, era ella, y que esperaba recibir el castigo que él tuviera a bien imponerle. Y se arrodilló en señal de humildad, esperando la penitencia. El obispo, en vez de castigarla, pidió disculpas a la Comunidad y se retiró, pero siempre la tuvo en muy buen concepto y estima⁵⁹.

Sin embargo, las críticas y murmuraciones no cesaban y las religiosas contrarias no cedían en su lucha para que las dejara tranquilas en sus costumbres. A toda costa querían quitarla de Priora y, como no habían podido acusándola al obispo ni tampoco con amenazas, deseaban su muerte.

Sor Ana sufría mucho interiormente al ver a aquellas de sus hijas que no cedían en su lucha contra ella y que iban directamente a su eterna perdición. Pensaba que Dios había abandonado a las culpables y oraba por ellas día y noche para obtener su conversión, pidiendo a Dios que hiciera recaer sobre ella todos los castigos que las otras merecían por sus pecados. Y Dios la escuchó.

El autor anónimo dice: *El cambio de sus hermanas le hizo conocer que Dios le había escuchado y ese consuelo creció sin medida en ella al constatar que la conversión de sus hijas era sincera... Y que el Señor había hecho del desierto del convento un lugar de delicias y un lugar de paz, de unión fraterna y de alegría en el Señor... Ella mereció del Señor el perdón para sus hijas pródigas*⁶⁰.

Al final de su trienio de Priora, el cambio del ambiente conventual era total. Había erradicado todo lo profano en vestidos y adornos, al igual que novelas o libros impropios. Tenían más tiempo de oración, más ambiente

⁵⁸ Anónimo dominicano, *Verdadero retrato de la venerable sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, Arequipa, 1725, p. 63.

⁵⁹ Positio, p. 260.

⁶⁰ Positio, documenta III, p. 124.

comunitario, comiendo juntas, y no hablaban con seglares en el locutorio a no ser con permiso de la Priora.

Por supuesto que no todo era perfecto, pues seguían existiendo muchas seglares dentro del convento. Y algunas religiosas, tenían no sólo una, sino varias sirvientas. Esto tuvo que modificarlo el obispo Antonio de León en 1682, prohibiendo que tuvieran varias sirvientas y mandando que, a lo sumo, tuvieran una sola, pero con permiso expreso del obispo. De todos modos, la reforma realizada por la Madre Ana en las cosas más importantes permaneció por décadas. El obispo Antonio de León, en su relación remitida al Papa Inocencio XI el 24 de marzo de 1679, dice que *no ha encontrado en el proceder de las monjas de santa Catalina nada digno de reprehensión*⁶¹.

Y con respecto a la misma sor Ana, que estaba ya ciega y tullida en cama, el mismo obispo Antonio de León, en carta del 9 de abril de 1679 al Consejo de Indias, escribe: *Ella es una criatura sencillísima, todo el día está rodeada de las almas del purgatorio y Dios se las envía para que las socorra. Y no sólo esto, sino que predice muchas cosas que han sido después patentes a todos. Es un alma sin malicia alguna y, por eso, Dios habita en ella*⁶².

Lo cierto es que, después de sus tres años de Priora, había en el monasterio mucha más paz y armonía que nunca antes.

PORTERA

Después de terminar su priorato, sor Ana se sintió feliz de volver a ser una de tantas. Prefería vivir escondida, ayudando en silencio, que puesta en el candelero como Superiora. Le dieron el oficio de portera.

No se sabe si fue de inmediato o después de un tiempo, pero se sabe que estuvo mucho tiempo de portera. El padre Luis Sánchez asegura que en 1655 seguía en el cargo de portera. Allí, en la portería, conoció en toda su viveza los sufrimientos y necesidades de la gente pobre que acudía a la portería en busca de ayuda. Y con el dinero que le daban, les daba limosnas. En este oficio pudo manifestar todo el amor y caridad que ardía en su corazón de madre .

Sor María de san José recuerda que, a veces, hacía una olla grande de sopa y llamaba a su celda a las más pobres del convento y les daba de comer y, cuando

⁶¹ Archivo Vaticano, Sacra Congregatio Consist. relationes dioecesanæ, 1679, fol 199.

⁶² Archivo de Indias, Lima, fol 309.

le mandaban maíz y otras cosas, las repartía entre quienes tenían más necesidad⁶³.

El Padre Marcos afirma que en una ocasión se le acercó una señora a pedirle por amor de Dios una camisa. No teniendo más que la que llevaba encima, que era de tela tosca, se la quitó y se la dio. Pero la señora no se la quiso recibir, poniendo por excusa que una señora de su condición no podía ponerse esa camisa de tela tan mala. Y le dijo sor Ana a este testigo: *Mira, hijo, la soberbia del mundo que no se contenta con que una religiosa se quite lo que tiene por darlo por amor de Dios*⁶⁴.

Doña Francisca de Monteagudo declara que había un clérigo muy pobre y harapiento; a él la sierva de Dios le mandaba buenos hábitos y limosnas. Y lo mismo hacía con las religiosas necesitadas y con otras personas de fuera del convento⁶⁵.

Su amor maternal le hacía expresarse, al hablar con sus hermanas religiosas o con otros seglares, con la palabra *hija mía* o *hijo mío*. Y, a pesar de vivir entre los muros del monasterio, ello no fue obstáculo para que la buscaran para madrina de bautismo. El primer ahijado fue Nicolás Silvestre, hijo de Juan de Vargas Machuca, comisario general de caballería, y de Melchora de Cepeda Hermosa⁶⁶.

Un año y medio después lo fue de Nicolás Ramón, hijo de José Flores de Zea y de Luisa Marino⁶⁷. El motivo fue por haberle salvado la vida a la madre Luisa Marino. Estaba embarazada de siete meses y tuvo un flujo de sangre. Llamaron a las comadronas y dijeron que debía dar a luz, pero estuvo siete días sin poder hacerlo. Y todos decían que se moría. El esposo, que era sacristán del monasterio, dice: *Yo recogí cuantas reliquias pude, mandando buscar a Nuestra Señora de Characato y a Nuestra Señora de Cayma, de donde me trajeron mantos y otras reliquias; pero no pasó nada. Y mi esposa estaba hinchada; y todos me decían que se iba a morir. Afligido, me acordé que no había tomado ninguna reliquia de san Nicolás de Tolentino de la Madre Monteagudo. Como yo tenía las llaves de la iglesia, me fui a las once de la noche. Algunas religiosas me preguntaron qué buscaba a esas horas y les dije: “Vengo a buscar una reliquia de san Nicolás, porque mi esposa está muy mal”. Fueron a avisar a la Madre y ella le dijo al santo: “Santo mío, debes ayudarle, porque te sirve en tu fiesta y lo*

⁶³ Positio, p. 219.

⁶⁴ Positio, p. 197.

⁶⁵ Positio, p. 238.

⁶⁶ Archivo arzobispal de Arequipa, Libro de bautismos, 14 de enero de 1664.

⁶⁷ Ib. del 29 de octubre de 1665.

vas a consolar”. Y me mandó la imagen del santo como estaba, mientras yo estaba rezando siete Salves a Nuestra Señora de los Remedios.

Apenas me dieron el santo encendí dos velas y, con el santo en una mano y las velas en otro, me fui a mi casa. Mi esposa no podía ni hablar. Le coloqué el santo sobre su vientre con el rostro vuelto hacia mi esposa y, al momento, mi esposa dio un suspiro muy grande y yo, dejando al santo como estaba, me fui a despertar a la comadróna. Cuando llegó, ya había dado a luz un varoncito.

Inmediatamente, me fui al monasterio, siendo ya medianoche, y por el turno envié a mi hijo a la Madre Monteagudo, junto con el santo y dos velas encendidas, más otras doce velas para su fiesta. Y mandé decir a la Madre que aquello era un milagro que había hecho el santo. Después me dijo que mi esposa daría a luz muchos hijos y que sólo viviría aquel. Y así ha sucedido, pues mi esposa ha dado a luz 25 veces y todos han muerto, menos este que vive hasta ahora. Por eso, le dije a la Madre que ese era su hijo y que ella debía ser su madrina. Así que vino Don Diego de Vargas y lo bautizó a mi hijo en la portería del monasterio y fue madrina la Madre Ana⁶⁸.

El mismo padre Marcos le pidió a la Madre que fuera su madre espiritual y lo considerase como su hijo. Ella le respondió que no merecía tal honor. Pero después aceptó y él recibió de ella muy buenos consejos para su provecho y el bien de las almas⁶⁹.

EL DEMONIO

El diablo estaba furioso, porque veía que hacía tanto bien y liberaba a tantas almas del purgatorio. De vez en cuando, la ponía en aprietos con sus ataques y tentaciones. El padre Marcos asegura que *en muchas ocasiones vio al demonio bajo diversas y horribles figuras⁷⁰*.

Doña Francisca de Monteagudo certifica que, celebrando una vez la fiesta de san Nicolás de Tolentino, vio al demonio suspendido en el aire sobre la puerta de su celda con feísima figura. El diablo le dijo: *Esta fiesta no vale nada, porque es fiesta de pura vanidad. Y ella le respondió: Si vale o no vale, no te metas, porque Dios sabe que no lo hago por vanidad⁷¹*.

⁶⁸ Positio, p. 412.

⁶⁹ Positio, p. 32.

⁷⁰ Positio, p. 304.

⁷¹ Positio, p. 149.

Igualmente, afirma que una vez, al ir a comulgar, el demonio le dijo que le iba a pagar todo lo que le estaba haciendo y que, en ese momento, le estaba incendiando su celda, la cual, si no iba pronto, se quemaría toda. Pero la sierva de Dios le respondió: *Vete y haz lo que quieras, que no por ello dejaré de hacer lo que estoy haciendo para agradar al Señor*. Y comulgó tranquila y, después, estuvo largo rato en oración, escuchando misas hasta la tarde. Al volver a su celda, vio que el fuego sólo había quemado una cortina del altar y un lienzo. Y cuantos lo vieron quedaron maravillados, porque no había habido velas encendidas y porque se quemó la cortina del altar y no se incendió toda la celda⁷².

Sor Petronila de Monserrat asegura que una noche la acompañaba con otra religiosa a hacer la ronda, cuando la sierva de Dios era Priora, y les arrojaron una gran cantidad de brasas encendidas, con las que debían haberse quemado las tres. Pero la Madre les dijo que no se espantaran, porque aquello lo hacía el demonio para meterle miedo y no cumplierse su obligación. Y fue cosa singular que ninguna sufrió daño⁷³. Sor María de los Remedios afirma que *la Madre Ana quedó sin daño alguno, y alegre y sonriente*⁷⁴.

Cuando estaban demoliendo la iglesia vieja para hacer la nueva que ahora hay, estando la Comunidad recogida y todo en silencio, a medianoche, iba sor Petronila con la sierva de Dios a la iglesia y allí ponían un paño negro y dos candeleros con velas encendidas y por todas las sepulturas iban rezando y echando agua bendita. Una vez sucedió que pasó sor Ana por el borde de los cimientos y se cayó en la zanja. Sor Petronila creyó que se había roto la cabeza contra las piedras y que estaría muerta; y estuvo allí llorando durante tres horas, pensando que al hacerse de día llegarían para sacar su cuerpo.

Después de tres horas, se levantó la sierva de Dios y, ligera como una pluma, subió hasta el borde junto a la declarante, que vio que no tenía ningún mal. La sierva de Dios le aseguró que aquello había sido obra del demonio que quería impedirle hacer aquellas buenas obras y que, apenas había caído, la rodearon las almas y había estado entretenida con ellas. Y así continuaron todas las noches siguientes con sus obras de piedad por los difuntos⁷⁵.

Doña Francisca de Monteagudo relata que, en una ocasión, estando ya ciega sor Ana, perdió el rosario y esta testigo y otras personas presentes lo buscaron y no lo encontraron. A medianoche llamó a esta testigo y le dijo que el

⁷² Positio, p. 147.

⁷³ Positio, p. 271.

⁷⁴ Positio, p. 72.

⁷⁵ Positio, p. 82.

alma de un indio llamado Tomás había venido y le había devuelto el rosario. Y decía que el diablo le hacía esas bromas para que no lo rezara.

La misma doña Francisca refiere que la sierva de Dios le contó que un día vio al demonio encima de la puerta del coro con una gran piedra entre las manos. Y le dijo: *No entres, porque te voy a destrozar con esta piedra por el daño que me haces.* Y ella respondió: *Si Dios te lo manda, destrózame; de otro modo, no lo harás.* Y entró al coro, desapareciendo el demonio.

En otra ocasión, estando casi sin fuerzas en su cama, se dio cuenta de que tenía una herida en la mano y que se estaba desangrando. Entonces, recordó que el demonio se le había acercado un poco antes en forma de gallo y le había dado un picotazo en la mano. Y así conoció que era obra del demonio. Se curó haciendo la señal de la cruz⁷⁶.

También en su última enfermedad, cuando los demonios le quitaban el rosario, ella les gritaba a las almas para que se lo devolvieran y ellas se lo ponían en sus manos. Cuando le preguntaban por qué daba tanto crédito a lo que le decían las almas, ya que podía ser engañada, respondía que, cuando algunas veces el demonio había tratado de engañarla, las almas venían a decirle que era mentira e invención del enemigo. Con esto y otras señales, Dios le manifestaba, si lo que sentía era del demonio o no⁷⁷.

Además, había obtenido de Dios, por intercesión de san Nicolás, que no se le apareciese ningún alma condenada. Por lo cual, cuando se le presentaba un alma, sabía con seguridad que estaba en el purgatorio⁷⁸.

⁷⁶ Positio, p. 300.

⁷⁷ Positio, p. 290.

⁷⁸ Positio, p. 304.

DONES EXTRAORDINARIOS

a) BILOCACIÓN

Es la presencia simultánea de una misma persona en dos lugares diferentes. Hay muchos santos que han tenido este don, aunque algunos teólogos dicen que es imposible que un mismo cuerpo esté al mismo tiempo en lugares distintos y suponen que en uno de los dos lugares está solamente en apariencia y que un ángel toma su figura y hace sus veces.

Veamos lo que se nos dice en la vida de nuestra santa. Doña Catalina Cansino asegura haber oído decir que la sierva de Dios iba en espíritu a socorrer a los pobres indígenas que venían a la ciudad con sus llamas⁷⁹.

En una oportunidad, sucedió que un indio vino a esta ciudad, porque se le habían extraviado sus carneros por los montes. Se llamaba Pedro, según recuerda esta testigo (sor Juana de santo Domingo). Se acercó al monasterio y le pidió a la Madre Ana que los hiciese aparecer. La sierva de Dios le señaló el lugar donde los encontraría. El indio se fue consolado y los encontró donde le había dicho la Madre. Pasados algunos años, estaba el mismo indio en un lugar lejano de esta ciudad con su grey. Otro indio, llamado Domingo, le dijo muy afligido que se le habían extraviado algunos carneros y no los podía encontrar.

Entonces, Pedro le dijo: *Si quieres encontrar tus carneros, invoca a una religiosa santa que está en Arequipa y se llama sor Ana. Ella te los hará encontrar, porque así lo hizo conmigo.* Domingo se fue caminando e invocando a la Madre Ana y, después de haber caminado un buen rato, se le presentó una religiosa que le dijo: *Ven aquí, hijo, que aquí tengo tus carneros todos reunidos y no falta ninguno.* Y, al querer agradecerle, ya no la encontró, pues había desaparecido.

Después de muchos días, vino Domingo a esta ciudad, llegó a la portería del convento a ver a la Madre, pero se había olvidado de su nombre. Vio salir a todas y cada una de las religiosas y una de las últimas era la sierva de Dios, a quien él reconoció. Le agradeció el hecho y les refirió a todas las religiosas lo que había sucedido. Y esta testigo estuvo presente⁸⁰.

En otra oportunidad, el volcán Misti arrojó un humo muy denso y *amenazaba a los moradores de Arequipa con espantosa erupción. Con esto, todo*

⁷⁹ Positio, p. 244.

⁸⁰ Positio, p. 224.

el vecindario de esta ciudad, azuzado por el miedo, movióse a pública penitencia y así veíase a muchas personas practicando en público actos de extraordinaria devoción. El señor Venegas Córdoba había salido una noche con su cruz a cuestras por las calles de Arequipa. Al día siguiente, siendo aún temprano, lo mandó llamar la reverenda Madre y lo felicitó por la buena acción que había practicado. Admirado del caso, la sierva de Dios repuso que ella lo había contemplado en espíritu, llevando su cruz por tales y tales calles. De allí para adelante, el señor Venegas hablaba de la Madre Monteagudo como de una verdadera santa⁸¹.

El padre Marcos de Molina certifica que, estando de visita pastoral el obispo Antonio de León, al pasar un torrente que llevaba mucha agua, la mula se resbaló y se cayó. La corriente arrastró al obispo un buen trecho con gran peligro de su vida. Y, en ese momento, lo vio la Madre Ana y se puso a gritar, pidiendo la ayuda de san Nicolás y de las almas para que lo ayudaran. Esa misma mañana, entró este testigo para celebrar la misa en su celda y le refirió todo con sus detalles. Y esto se confirmó cuando llegó el obispo, sano y salvo, y relató lo sucedido. Este suceso ocurrió en diciembre de 1682 y ella lo vio como si fuera en televisión o por bilocación⁸².

b) PROFECÍA

Es el conocimiento de cosas futuras de modo sobrenatural. De estos casos hay muchos en la vida de sor Ana. Por eso, anotaremos sólo los más sobresalientes.

Monseñor Gaspar de Villarroel, que fue obispo de Arequipa, supo que la sierva de Dios había dicho que iba a ser promovido a la sede de Cuzco. Pero cuando llegó la noticia, habían nombrado a don Bernardo de Isagunto, obispo de Panamá. Por ello, Monseñor Gaspar se acercó al monasterio para hablar con la sierva de Dios. Y ella le dijo con seguridad: *Cuando las almas del purgatorio me lo dieron a entender, me mostraron un folio con una cruz.*

El obispo entendió que lo que le mostraron en el folio se refería al palio y era señal de arzobispo o arzobispado. A los dos meses, llegó la noticia de que le habían nombrado arzobispo de Chuquisaca, donde murió⁸³.

⁸¹ Vargas Domingo, *Causa de beatificación de la Madre Ana de Monteagudo*, Arequipa, Tipografía La Rosa del Perú, 1907, p. 94.

⁸² Positio, p. 351.

⁸³ Padre Luis Sánchez, Positio, p. 396.

Sor María de san José refiere que su madre estaba gravemente enferma, en peligro de muerte, y ella acudió a la sierva de Dios para pedirle oraciones. Sor Ana le dijo que regresara dentro de una hora y, mientras tanto, encendiese una vela en la imagen de san Nicolás de Tolentino. Después de una hora, regresó sor María a ver la respuesta y sor Ana le dijo que no llorase, pues su madre no moriría de aquella enfermedad. Y ciertamente *desde aquella hora empezó a mejorar y recobró la buena salud*. Otro caso semejante refiere la misma testigo que le ocurrió a un religioso agustino que, estando en peligro de muerte, por las oraciones de la sierva de Dios *recobró la salud y vive hasta hoy*⁸⁴.

Sor Ana María de los Remedios cuenta que le salió un gran tumor quístico debajo del brazo y fue a visitar a la Madre Ana que estaba postrada en su última enfermedad, pidiéndole que la encomendase a Dios. La sierva de Dios le dijo que no iba a morir, pero que viviría con sufrimientos. *Y eso es lo que ha sucedido y sucede, como la sierva de Dios predijo, pues después de curarse del tumor, quedó hasta ahora enferma y vive sufriendo como lo dijo la sierva de Dios*⁸⁵.

En otra ocasión, estaba enferma una hermana del monasterio y entró a visitarla la sierva de Dios. La hermana que la cuidaba, viendo que estaba muy grave, le pidió a sor Ana que la encomendase a Dios. Al momento, ella se puso de rodillas delante de un altar que había en la celda y, después de un rato de oración, se levantó, fue a la cama de la enferma y comenzó a llamarla. La enferma apenas podía responderle y la sierva de Dios, volviéndose a la enfermera, le dijo que no moriría de aquella enfermedad.

Apenas sor Ana salió de la celda, comenzó la enferma a hablar y mejorar, pidiendo de comer y sentándose en la cama por sí misma, lo que dejó maravillada a la enfermera por considerarlo algo extraordinario; y fue a agradecer a la sierva de Dios, la cual le respondió que debía agradecer a Dios, que es la causa de todo bien⁸⁶.

En el Proceso Ordinario declara el padre Luis Sánchez que un día del año 1652, el señor obispo fray Gaspar de Villarreal le ordenó que fuera a visitar a la venerable sor Ana y le llevase 100 reales de a ocho de limosna para que encomendase a Dios la salud de un compañero. La Madre envió a una empleada del convento con una misiva para el obispo, pero el padre Luis la abrió y en ella decía: *Señor obispo, he hecho lo que su Señoría me encomendó. Su compañero no morirá de esta enfermedad, pero morirá de otra muy pronto. Que Dios le*

⁸⁴ Positio, p. 432.

⁸⁵ Positio, p. 425.

⁸⁶ Testimonio de Sor Ana María de los Remedios, Positio, p. 427.

pague la limosna que me ha enviado. El padre Luis no le entregó la carta. A los pocos días, mejoró el enfermo y, después de unos tres meses, el padre Luis de Lagos, que así se llamaba el enfermo, murió de hidropesía. Entonces, se acordó de la carta y se la entregó al obispo, reconociendo que había sido una profecía⁸⁷.

El mismo testigo certifica que, debiendo ir a Lima, estaba muy desconsolado por haber perdido unos papeles que enviaba a España a su hermano para darle la noticia de que había una sede vacante y le pedía que hiciera las gestiones del caso. Antes de viajar, fue a ver a la sierva de Dios para pedirle que encomendara a Dios su viaje y un asunto que tenía pendiente.

Y ella le respondió: *Hijo, vaya con Dios, que pronto lo recibiremos, pues volverá honrado.* A él le parecieron palabras generales de consuelo, pero llegó a Lima y, dos meses después, llegó un aviso de España, donde se le concedía una prebenda⁸⁸.

Y sigue diciendo que el año 1671, el obispo don Juan de Almoguera se había embarcado en una nave para venir al Perú como obispo de Arequipa, pero sobrevino una borrasca terrible y muchos barcos de la flota se vinieron a pique.

Al llegar la noticia de que el barco del obispo se había ido a pique, todos se entristecieron en Arequipa por la muerte de su Prelado. Algunos fueron al monasterio de santa Catalina a dar la noticia a la sierva de Dios. Y ella respondió que el señor obispo estaba vivo y que vendría a Arequipa. Al oír esto, ocultaron la noticia y no permitieron que tocaran las campanas a muerto ni hacer funerales como estaba previsto. Al poco tiempo, llegaron noticias de que estaba ya en Portobelo (Panamá) en camino hacia Arequipa. Al llegar a la ciudad, explicó que, milagrosamente, al hundirse su barco, Dios puso otro delante de ellos y así pudo salvarse⁸⁹.

Según dijo en las honras fúnebres el Padre Zereceda: *Uno de sus confesores aseguró haber verificado 68 profecías, que se habían cumplido*⁹⁰.

⁸⁷ Positio, p. 391.

⁸⁸ Positio, p. 392.

⁸⁹ Positio, p. 393.

⁹⁰ Positio, documenta I, p. 14.

c) DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

Es el conocimiento de los secretos del corazón que Dios comunica a sus siervos para poder ayudar a otros.

El padre Francisco de Vargas Machuca declara que Don Baltasar de la Oliva quería hacer una confesión general, pero no se sentía preparado y estaba angustiado. Por ello, invocó la ayuda de la Madre Monteagudo. A los tres días, la Madre le mandó decir con el capellán Marcos de Molina que el último día había sentido que le tiraba del brazo, pidiéndole ayuda. Con esto se fue tranquilo a confesar al convento de san Agustín. Hizo su confesión general y con la conciencia tranquila, salió feliz. Entonces, recibió otro mensaje de la Madre con el mismo capellán, en el que le decía: *Don Baltasar, le envío mis respetos y me alegro muchísimo de que ahora ya está usted consolado*⁹¹.

El mismo testigo relata en el Proceso que en casa del obispo Gaspar Villarroel, vivía el padre Luis de Lagos, religioso agustino. Un día murió de repente. El obispo mandó celebrar varias misas por él, pero le consultó a Gonzalo Báez, un religioso jesuita con fama de santo, y le respondió que no mandara celebrar más misas, pues creía que estaba condenado.

El obispo, por medio de Don Diego de Vargas, mandó un mensaje a la Madre Monteagudo para hablarle del caso. Ella respondió que el padre Luis estaba con muchas penas en el purgatorio, pero que estaba en camino de salvación.

Entonces, el obispo quiso confrontar a ambos siervos de Dios. Fue al convento con el hermano Gonzalo Báez, a quien la sierva de Dios le preguntó cómo lo había visto. El hermano Gonzalo le dijo que en un lugar muy oscuro y espantoso. La sierva de Dios le preguntó: ¿Ha oído blasfemar y maldecir en ese lugar? El hermano respondió que no. Entonces, dijo la Madre: *Estoy cierta de que, si no hay desesperación, no hay condenación*. Y así ambos estuvieron de acuerdo en que estaba en el purgatorio, quedando muy consolado el obispo. Al tercer día, el obispo celebró una misa pontifical por su alma. Y la Madre le envió un mensaje en el que decía: *Dé muchas gracias a Dios, porque el alma de fray Luis de Lagos ha ido al cielo por la misa que usted acaba de celebrar*. Y el obispo se quedó admirado, porque solo Dios y él sabían que había aplicado la misa por el alma del Padre Luis⁹².

⁹¹ Positio, p. 203.

⁹² Positio, pp. 204-205.

El padre Fernando Colmenero dio testimonio de que un día un sacerdote había recibido estipendio para celebrar una misa por un difunto, pero al día siguiente, en que debía celebrarla, le dieron otro estipendio para celebrar otra misa y estaba preparándose para celebrarla por el segundo difunto, cuando recibió un mensaje de la Madre Ana en el que le reprendía por haber pospuesto la misa según se había comprometido. Y esto se lo refirió a este testigo el mismo sacerdote a quien le sucedió el caso⁹³.

También recuerda Francisco Núñez que a algunos sacerdotes les repartía limosnas para misas y, si se olvidaban de celebrar una o dos, les enviaba mensajes para recordarles las misas que faltaban. Los sacerdotes se quedaban admirados. Por eso, normalmente, ningún sacerdote dejaba de celebrar las misas que ella les encomendaba⁹⁴.

Otro caso. Murió en un valle cercano a Arequipa un sacerdote amigo del obispo Pedro de Ortega. Ese mismo día de su muerte la Madre Ana le escribió al obispo para decirle que había muerto y encomendase su alma. El obispo mandó a un empleado a indagar si era cierto. El empleado encontró por el camino a un viajero y este le dijo que el sacerdote estaba bien y lo había dejado con buena salud debajo de un árbol. Regresó para darle esta noticia al obispo, pero a las dos horas trajeron su cadáver a la ciudad, preparando su sepultura en una iglesia. Sor Ana volvió a escribirle al obispo, diciendo que lo sepultaran en otra iglesia determinada y no en aquella⁹⁵.

El padre Juan de Uzarte, Rector de la Compañía de Jesús del Colegio Arequipa, se enfermó del bajo vientre y una noche, a las diez, estando todas las puertas cerradas, murió. El padre Martín de Salazar, a quien le tocaba el gobierno del Colegio por ser el más antiguo, recogió todas las llaves de salida y mandó que nadie saliese ni diese la noticia fuera. Sin embargo, tempranito por la mañana, tocaron la campanita y encontró a una sirvienta del monasterio con un mensaje de la sierva de Dios en el que decía que el padre Rector estaba en un lugar de salvación y lo encomendaran a Dios. Esto se lo dijo personalmente el padre Martín al padre Luis Sánchez, que lo declaró en el Proceso.

También le refirió que una noche en su celda sintió un gran terror sin ver nada; de modo que se fue a la celda de otro hermano sin regresar a su celda en toda la noche. La sierva de Dios le envió un mensaje, antes de salir de la celda del compañero, diciéndole que encomendase a Dios el alma de su sobrino que

⁹³ Positio, p. 251.

⁹⁴ Positio, p. 400.

⁹⁵ Padre Alonso de Zereceda, Positio, documenta I, pp. 26-27.

aquella noche se había complacido en aparecérselo y que, por su poco coraje, se había ido. Ese sobrino era religioso dominico y había muerto hacía más de un año⁹⁶.

Sor Marta de Jesús y María refiere que una noche, a la una, estaba en su cama, llorando por una necesidad extrema en la que no tenía socorro humano, y a esa hora tocó sor Ana la puerta, que estaba cerrada, y le dijo que por qué estaba tan afligida, quedándose confundida al ver que en aquella hora, en que todo el convento estaba recogido y en silencio, había venido a quitarle aquella aflicción, que sólo por divina revelación podía conocer⁹⁷.

Ella misma refiere que, en una ocasión, tenía en su propia celda la imagen de san Nicolás de la sierva de Dios. Y se cayó del altar de su celda, haciéndose pedazos. Sor Marta recogió los pedazos con la idea de recomponerlos. Y, mientras lo estaba haciendo, recibió un mensaje de la Madre Ana, diciéndole que le llevase la imagen, aunque fuese en pedazos, que ella pensaría en arreglarla. *Y esta testigo quedó maravillada, ya que ninguna persona había sabido que la dicha imagen se había roto*⁹⁸.

Sor María de los Remedios cuenta que había una señora muy afligida, porque estaba unida a un hombre sin casarse y deseaba salir de aquella situación. Fue a ver a la sierva de Dios, suplicándole que pidiese al Señor que la librara de aquel hombre, que le ofrecía matrimonio y nunca cumplía su palabra. Sor Ana la consoló y le dijo que confiase en el Señor, que aquella misma tarde se casaría y cesaría su angustia. La señora se fue a su casa y esa noche se efectuó el matrimonio, con lo que quedó consolada⁹⁹.

Un día fue a celebrar misa a la celda de la Madre Ana el licenciado Don Diego de Vargas, canónigo de la catedral, quien queriendo retratar a la sierva de Dios, llevó con él a un pintor sin decir a nadie nada sobre su intención. Y la sierva de Dios, a pesar de estar ciega, se dio cuenta como si tuviera vista, dándole una áspera reprensión por haber roto la clausura sin justo motivo que lo excusase, diciéndole que para qué serviría que la retratasen. ¿Acaso faltaban santos para retratar, que tenía que venir con medios ilícitos a retratar a una deforme, un saco huesos, una inútil? Y, con estas y otras palabras, mandó fuera al licenciado, que quedó confundido¹⁰⁰.

⁹⁶ Padre Luis Sánchez, Positio, p. 398.

⁹⁷ Positio, p. 231.

⁹⁸ Positio, p. 435.

⁹⁹ Positio, p. 214.

¹⁰⁰ Padre Marcos de Molina, Positio, p. 281.

Sor Ana María de los Remedios declara que, a veces, la sierva de Dios decía cosas ocultas de las que sólo podía tener noticia por luz divina y que ella misma lo experimentó, porque le descubrió lo que tenía en su corazón sin que lo hubiese comunicado a nadie anteriormente, de lo que quedaba maravillada¹⁰¹.

d) SABIDURÍA

Algo que también se manifestó ampliamente en su vida fue el don de sabiduría. Tenía conocimiento profundo de las verdades de nuestra fe y de la sagrada Escritura sin haber estudiado.

Sus maestros de vida espiritual eran san Nicolás de Tolentino, santo Tomás de Villanueva y san Pedro de Alcántara. *Con tales maestros comprendía la sagrada Escritura según las enseñanzas de los Santos Padres y la explicaba a otros*¹⁰².

Conocía muchos textos de la Escritura y entendía todo el texto de la misa. Por esta razón le pedía al padre Marcos, cuando celebraba la misa en su celda, que alzase un poco la voz para entender lo que leía. Y, terminada la misa, le explicaba el sentido del Evangelio, explicándose con admirable inteligencia y claridad. Y, cuando él le exponía alguna dificultad del Evangelio, ella se lo hacía entender claramente. Y reconoce que ella jamás profirió palabra ociosa, repitiéndole en latín las palabras de Jesús: *Minino verbo otioso reddenda est ratio* (Hay que dar cuenta hasta la más mínima palabra ociosa), como dice Mateo 12, 36.

Y, cuando algunos doctores venían a preguntarle cosas por curiosidad y para probarla, ella no respondía; y así la tenían por simple y la despreciaban¹⁰³.

e) DON DE CURACIÓN

Este don maravilloso se manifestó muchas veces a lo largo de su vida, aunque ella trataba de desviar la atención, manifestando que era Dios el que curaba por intercesión de san Nicolás o de las almas benditas o por algún remedio casero que ella daba.

Tenía en su celda una imagen de madera de san Nicolás de Tolentino y la mandaba a sus devotos, cuando estaban enfermos o tenían alguna tribulación,

¹⁰¹ Positio, p. 18.

¹⁰² Anónimo dominicano, Positio, documenta III, p. 108.

¹⁰³ Positio, p. 116.

como sucedió a este testigo (Luis Sánchez) que estando enfermo el año 1660 y habiendo recibido muchos remedios sin resultado, ella le envió la imagen de san Nicolás, diciéndole que el medio para sanar era no tomar ningún remedio. Y este declarante licenció a los médicos y ordenó que no le dieran ningún medicamento. Y fue cosa maravillosa cómo comenzó a sanar y entrar en convalecencia hasta quedar sano¹⁰⁴.

Un año, para celebrar la fiesta de san Nicolás, le faltaban algunas cosas. Llamó a la señora María de los Remedios y le pidió fuese a comprarlos; pero ella le dijo que no podía, porque tenía una hija que estaba a punto de morir. La sierva de Dios le dijo que se la trajera y que fuera a comprarle lo que necesitaba. Colocó a la criatura a los pies de la imagen de san Nicolás, orando y pidiéndole al santo la salud de aquella criatura. Cuando regresó la mamá, *la encontró a los pies de la imagen de san Nicolás, jugando con su correa, totalmente curada. Después vivió muchos años*¹⁰⁵.

En esta ciudad de Arequipa, una señora tenía un hijo moribundo y lo llevó a la sierva de Dios para que pidiese a Dios por su curación. La sierva de Dios tomó a la criatura y la puso en un cajón en que solía estar una imagen del Señor. Después de haber hecho oración durante una hora, la sacó y se la entregó a su madre, estando ya curada. *Y hasta hoy vive en esta ciudad con el cargo de oficial real y se llama Blas de Santesteban.* Y este caso lo vio sor Petronila de Monserrat, que es quien lo declara en el Proceso Ordinario. La mamá del niño, como agradecimiento, cuando se fue a vivir a Lima, le mandaba cada año pastelillos para la fiesta de san Nicolás¹⁰⁶.

El padre Luis Sánchez refiere que se había educado en el convento una jovencita, hija de Don José Maldonado y de doña María de Cárdenas. Le vino un flujo a los ojos y, a pesar de los muchos remedios recibidos, quedó ciega. Por ese mismo tiempo, trajeron a Arequipa desde Cuzco, en dos cajones, dos imágenes, una de Nuestra Señora de la Ascensión y la otra de un Cristo crucificado. Abrieron los cajones y metieron en el cajón de la Virgen a la joven. Allí la tuvieron toda la noche, rezando por ella y esperando que la Virgen la curaría, pero no sucedió nada.

Le contaron el caso a la sierva de Dios y respondió: *La imagen de Nuestra Señora no está en su casa (era para colocarla en la catedral). Hagan entrar a la joven en el cajón del santo Crucifijo, que está en su casa, y yo confío que su*

¹⁰⁴ Positio, p. 125.

¹⁰⁵ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 438.

¹⁰⁶ Positio, p. 437.

*divina Majestad la curará. Lo hicieron así y, a la mañana siguiente, al sacarla del cajón, la encontraron sana y buena. Todavía hoy vive y es viuda de don Diego de Moscoso, que fue alférez real de esta ciudad*¹⁰⁷.

Una vez, la víspera de la fiesta de san Nicolás, el sacristán José Flores de Zea había subido al campanario a poner luminarias para la fiesta, cayendo de lo más alto a la calle, quedando destrozado y echando sangre por la boca.

Al darle la noticia, la sierva de Dios fue al coro con muchas lágrimas y, postrada en el suelo, le pidió a san Nicolás que obtuviese de Nuestro Señor que le devolviera la salud, ya que de otro modo no le celebrarían la fiesta. *La sierva de Dios sabía que el sacristán sanaría, como de hecho sanó y hasta hoy está vivo. Pero es de notarse en este caso la fuerza de la oración de la sierva de Dios. Algunos días después, se celebraba otra fiesta en este monasterio y una india puso una luminaria en una cornisa y cayó y murió al instante, a pesar de haber recibido menos golpes que el sacristán, por haber caído de menor altura*¹⁰⁸.

El padre Francisco de Vargas Machuca declara que la sierva de Dios mandó al herido algunos remedios y un poco de aceite de la lámpara del Crucifijo y, al día siguiente, el sacristán estaba fuera de peligro y esto se tuvo por milagro. *Y el dicho sacristán José está vivo y robusto y en perfecta salud. Y sólo le queda un ojo un poco dañado, como señal de lo sucedido*¹⁰⁹

Otro caso lo cuenta el médico Don José del Corral. Vivía en la ciudad de Potosí y tuvo un hijo, a quien puso por nombre Miguel. A los 20 días, le vino una fiebre alta hasta el punto que se creía que iba a morir, porque era muy tierno y estaba tan agotado que apenas podía respirar. Y estando afligido por ser su único hijo, la señora Jacinta Bravo de Saravia le dijo que tenía un pedazo del velo de una religiosa ciega, tenida por santa, que vivía en Arequipa y era devota de las almas del purgatorio. Ella había experimentado grandes prodigios con el velo de esta religiosa y él podía aplicarlo con fe al niño, haciendo oración a las almas benditas.

El doctor José del Corral, como último recurso, hizo lo que le decía la señora Jacinta y le puso el velo sobre la cabeza. Al poco rato, el niño abrió los ojos y, después de media hora, ya pudo mamar, *quedando sano y bueno hasta el día de hoy*¹¹⁰.

¹⁰⁷ Positio, p. 395.

¹⁰⁸ María de los Remedios, Positio, pp. 129-130.

¹⁰⁹ Positio, p. 407.

¹¹⁰ Positio, p. 410.

ALGUNAS VIRTUDES

1) POBREZA

Desde que entró al convento, sor Ana vivió pobremente, porque su madre no quiso ayudarla económicamente y su hermano sacerdote tuvo que darle la dote para poder profesar. Y vivió con austeridad, no usando nunca lujos y ayunando muchas veces a pan y agua.

Sor Isabel de la Concepción asegura que vio muchas veces a la sierva de Dios comer algunas hierbas que recogía en el huerto del convento con otra religiosa laica del monasterio, que era muy virtuosa, y ambas comían hierbas sin aderezarlas.

En el vestir fue muy pobre, porque no había otra religiosa que usara un hábito o ropa interior más pobre. Y, sin embargo, siempre se comportaba con mucha modestia y compostura. En cuanto al calzado, iba muchas veces descalza y, a veces, con sandalias. En el hablar fue admirable, porque nunca hablaba, si no era de cosas para gloria de Dios. Y en todas sus obras y palabras era heroicamente humilde. En la humildad y caridad era donde más se manifestaban sus virtudes heroicas¹¹¹.

Cuando se quemó su celda, prefirió no incomodar y vivir en el patio de la celda de otras dos hermanas religiosas, a la intemperie, a pesar de ser Priora. Y, como Priora, no quiso gozar de privilegios. Ella era la primera que daba ejemplo en asistir al coro, en hacer oración y en trabajar en la cocina o en cualquier cosa que hubiera necesidad.

A pesar de no tener rentas, sus amistades le daban mucho dinero. Ella lo repartía en limosnas para las religiosas necesitadas o para los pobres o para mandar celebrar misas por las almas.

Dice el padre Gabriel Venegas que un día sor Ana le contó lo siguiente: *Hijo mío, cuando entré al convento, entró también otra hermana con mucha renta, que murmuraba contra mí, porque yo no tenía rentas. Un día le dije: “Sí, yo también tengo renta, la renta de Dios, que jamás me ha faltado”. Y es verdad, hijo mío, pues siempre he tenido con qué mandar celebrar misas por las almas benditas y lo necesario para vivir*¹¹².

¹¹¹ Positio, p. 313.

¹¹² Positio, p. 127

Años más tarde, le pasó algo parecido con otra religiosa que se vanagloriaba delante de ella, porque no sabía lo que era necesidad, ya que tenía buenas rentas para pasar la vida sin necesidad de pedir nada a nadie. Sor Ana le respondió: *Yo podría tener mucho, porque mis padres eran ricos, pero lo dejé todo por Dios y, aunque no tenga rentas, nunca me falta lo necesario, así pobre como soy.*

Después de algunos días, esa religiosa se encontró triste, porque no le mandaban las rentas con la puntualidad de otras veces. En esos días le habían dado a la Madre una limosna de 200 escudos. Al saberlo, la religiosa fue su celda y le dijo que se alegraba de que le habían dado aquella limosna y que le prestase 100 escudos, porque tenía necesidad, que ya se los pagaría.

La sierva de Dios, con gran caridad, se los dio, diciéndole que se los devolviese, cuando pudiera, y si no que no se preocupara, porque se los regalaba¹¹³.

Sor Catalina de Jesús manifiesta que, cuando murió la madre de sor Ana, quiso pedir la parte de herencia que le correspondía, pensando que así tendría dinero para las almas benditas. Y, orando para que tuvieran éxito sus gestiones, se le aparecieron las almas y le dijeron: *Si abandonaste todo por Dios, ¿por qué quieres ahora ponerte en litigios? Deja tu herencia que no te faltará nada de lo que necesites. Nosotras te ayudaremos. Y desistió de su propósito, conociendo que era la voluntad de Dios¹¹⁴.*

En una ocasión, le regalaron, un escritorio con un breviario. Al traerlo desde el Cuzco a Arequipa, se lo robaron al que lo traía. La Madre Ana mandó aviso dando detalles sobre dónde estaba. De este modo, los hallaron y se los trajeron. Pero no aceptó el escritorio, pues dijo que era demasiado lujoso para ella. Aceptó sólo el breviario, porque tenía necesidad para rezarlo¹¹⁵.

Vivía tan desprendida y con tanta pobreza que, estando muy grave, le dijeron algunas religiosas que hiciese su testamento. Y la sierva de Dios les respondió: *¿Acaso soy yo tesorera de su Majestad y tengo que registrar los fondos? Si se encuentra alguna cosa, no es mía, es de la Orden y yo no debo nada ni nadie me debe. Por ello, no tengo que hacer testamento, porque soy una pobre monja¹¹⁶.*

¹¹³ Positio, p. 236.

¹¹⁴ Positio, p. 137.

¹¹⁵ Positio, p. 310.

¹¹⁶ Positio, p. 332.

Y algo que se refiere también a la pobreza es que sabía ganarse el pan, haciendo dulces o trabajos manuales para conseguir algún dinero para los pobres y para las almas. Todos los testigos del Proceso aseguran que nunca estaba ociosa. Doña María de Garmendia afirma que siempre se ocupaba en obras de virtud y nunca oyó que hubiera estado un solo momento ociosa¹¹⁷.

El padre Gabriel Venegas dice que nunca le oyó decir una palabra ociosa o vana, sino para bien de las almas. Y, a veces, no hablaba si no era por expreso mandato de la Priora¹¹⁸. Todo el tiempo disponible lo dedicaba a la oración, especialmente a rezar el rosario por las almas. El rosario era su compañero inseparable. Por eso, no había lugar en su vida para la ociosidad¹¹⁹.

2) CASTIDAD

Esta virtud brilló en ella en todo su esplendor. Fue muy celosa de guardarla y huía de cualquier conversación o palabra contra la castidad.

El padre Marcos de Molina declara que, en cuanto a la virtud de la castidad, la Madre Ana la guardó en grado heroico hasta de cualquier mal pensamiento. Y que la misma sierva de Dios le aseguró a él, como confesor, que en toda su vida no había tenido ninguna tentación contra la virtud de la castidad, porque huía siempre de cualquier ocasión de oír conversaciones o palabras deshonestas. Y, según el parecer del padre Marcos, entre los dones que Dios le concedió fue la de preservarla de estas tentaciones tan peligrosas¹²⁰.

Y sigue diciendo, que en todo el tiempo de su vida, correspondieron sus obras al sobrenombre de *Ángeles* que tomó al entrar de religiosa; y conservó su alma en la pureza que recibió en el bautismo. Y esto lo asegura este testigo por conocer su conciencia durante el tiempo en que fue su confesor, pues no encontró en su alma cosa alguna que desdijese de un alma muy perfecta¹²¹.

3) OBEDIENCIA

En cuanto a esta virtud, podemos decir, como asegura el anónimo dominico, *estaba pronta a obedecer a sus Superiores, haciendo cuanto le era ordenado. Cada mes pedía permiso a la Priora y a los Superiores* (y confesores

¹¹⁷ Positio, p. 30

¹¹⁸ Positio, p. 308.

¹¹⁹ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 29.

¹²⁰ Positio, p. 325.

¹²¹ Positio, p. 117.

cada año) *para poder recibir limosnas y poder distribuirlas a favor de los pobres y de las almas benditas, porque no quería hacer nada sino por obediencia para que así todas sus acciones fueran meritorias para las almas*¹²².

4) CARIDAD

Ya hemos hablado sobre esta virtud al tratar de cómo se preocupaba de las religiosas necesitadas, tanto en cuanto a alimentos, como a su salud o vida espiritual. También separaba dinero para los pobres y para misas en favor de las almas. Con frecuencia, daba de lo que ella misma necesitaba. Para ella lo importante era amar, ayudar y servir a los demás.

Y, como confiaba tanto en el amor y providencia de Dios, cuando le regalaban maíz, pan u otras cosas útiles, las repartía inmediatamente entre los necesitados¹²³.

Declara sor María de san Nicolás que, en una ocasión, la religiosa proveedora del monasterio estaba afligida, porque estaban en Adviento, cerca de la Navidad, y no había mantequilla para cocinar ni tampoco había en la ciudad para poder comprar. Se fue a la sierva de Dios a consolarse y ella le aseguró que pronto iba a tener abundancia de lo que necesitaba. Así sucedió, como le contó a esta testigo la religiosa administradora¹²⁴.

Ahora bien, el amor más grande se manifiesta, cuando se da la vida por otros. Precisamente, en los últimos días de su vida, le dieron la noticia de que el padre Marcos de Molina, a quien amaba como a un hijo, estaba muy grave, a punto de morir. Ella se postró en el suelo y pidió a Dios con muchas lágrimas y oraciones que cambiara la sentencia de muerte del capellán hacia ella. Ofreció su vida por él. A los pocos días, ella murió, mientras que el capellán sanó de su enfermedad. Así lo asegura sor María de los Remedios¹²⁵.

Su caridad con todos era extraordinaria, pero de un modo especial la manifestó con las almas del purgatorio, como veremos.

¹²² Positio, documenta, III, p. 110.

¹²³ Positio, p. 219.

¹²⁴ Positio, p. 236.

¹²⁵ Positio, p. 309.

5. PENITENCIA

Ya hemos indicado que fue muy penitente en su vida personal. Sor Petronila de Monserrat manifiesta que se daba disciplinas (latigazos) hasta derramar sangre. También llevaba cilicios, especialmente uno que era una especie de camiseta y tuvo que quitárselo por mandato de su confesor el padre Pedro de Obrego. Pero tenía otros y estos los usaba especialmente, cuando venían las almas a pedirle ayuda¹²⁶.

Su cama sólo tenía una cubierta vieja y rota sobre un jergón tan malo y sin lana que más era de mortificación que de reposo. Y sobre su cuerpo no llevaba más que una ropa interior y camiseta de tela tosca; y sobre ella el hábito¹²⁷.

Apenas dormía tres horas al día, según dice sor Marta de san Nicolás¹²⁸. Y ayunaba con rigor los días establecidos por la Iglesia, además de los seis o siete meses del ayuno ordenados por las Constituciones de la Orden, añadiendo ayuno a pan y agua las vigiliias de las fiestas de Nuestro Señor y de la Virgen María y de algunos santos. Algunas veces, ayunaba alternativamente a pan y agua; otras, exclusivamente a pan y agua; y normalmente sólo tomaba alimento cada 24 horas y tan escaso que con ese alimento apenas se podría sustentar un pajarito¹²⁹.

6. PERDÓN

Uno de los puntos en que más sobresale su virtud es en la capacidad de perdonar. Como hemos observado anteriormente, cuando era Priora, había algunas religiosas que no querían aceptarla. Ella tuvo que controlarse, como dicen algunos testigos, para no dejarse llevar por la ira. Y, si imponía castigos, procuraba que fueran suaves y consultaba a personas doctas para no extralimitarse.

Sor Juana de santo Domingo refiere que no esperaba a que vinieran a pedirle perdón las que la habían injuriado, sino que ella misma se acercaba a ellas como si fuese la culpable¹³⁰.

Por eso, al padre Marcos de Molina, en una ocasión, le insistió para que fuera a visitar a una persona que estaba enferma de muerte y que quería hacerle daño a él. La Madre le dijo que tenía obligación de ir a visitarlo a ver si se

¹²⁶ Positio, p. 318.

¹²⁷ Positio, p. 90.

¹²⁸ Positio, p. 320.

¹²⁹ Anónimo dominicano. Positio, documenta, III, p. 127.

¹³⁰ Positio, p. 230.

arrepentía antes de morir y, si no, que estaba libre de su obligación. El padre Marcos fue a su casa y lo recibieron con tanto desprecio que se convenció de que no estaba preparado para morir como cristiano. Así lo refirió a la Madre al día siguiente. Ella le pidió que lo encomendase en sus oraciones, pues esperaba que se arrepintiera antes de morir. Y, después de algunos días de haber muerto, aseguró que lo había visto entre las almas del purgatorio¹³¹.

Con relación a las que le eran contrarias, dice el padre Alonso de Cabrera en su biografía que tuvo un gran espíritu de perdón para ellas. Una noche estuvo la venerable, *luchando con Dios por el perdón de las culpas de sus hermanas y, hallando el cielo de bronce (cerrado) a sus ansias... no cesó en el empeño hasta lograr que el castigo de las culpables cayese sobre su espalda*¹³².

El anónimo dominico afirma que un día fue al coro y se postró a los pies de la imagen de Jesucristo crucificado y derramó muchas lágrimas, porque veía a sus hermanas como si estuvieran abandonadas a sí mismas por Dios. Este pensamiento le despedazaba el corazón. Y suplicaba a Dios insistentemente misericordia para ellas.

Dios oyó sus súplicas, y comprobó que, poco a poco, la conversión de sus hijas era sincera, viendo que el jardín de su convento había producido plantas cargadas de abundantes flores de penitencia y de virtud. Vio que el Señor había hecho, del desierto del convento, un lugar de delicias y de paz. Y dice: *De todo esto se puede deducir cuán eficaz fue su oración y cuán acepta a Dios, que mereció obtener de su esposo el perdón de sus hijas pródigas*¹³³.

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Sor Ana amaba intensamente a Jesús presente en la Eucaristía. El anónimo dominico escribe que tenía una grandísima devoción a la santa misa, escuchándola con toda la atención posible, contemplando en las ceremonias los altísimos misterios de nuestra Redención. Escuchaba todas las misas que se celebraban en la iglesia, a no ser que estuviera impedida por alguna enfermedad u obligación ineludible. Y lloraba al ver que los cristianos asisten a este santo sacrificio sin respeto y sin temor al Señor ante quien tiemblan los ángeles. Y se lamentaba de cuántas oraciones se privaban las almas del purgatorio por la

¹³¹ Positio, pp. 242-243.

¹³² Padre Cabrera, cap XVI, Positio; documenta II, p. 64.

¹³³ Positio, documenta III, p. 124.

pereza de muchos, por no asistir a la misa. El día que se veía privada de la misa y de la comunión, era para ella el día de mayor sufrimiento.

Cuando comulgaba, se le notaba hasta externamente la unión con su esposo divino, porque se inflamaba en el horno de su amor y parecía estar fuera de sí misma. Solo Jesús ocupaba entonces su corazón y le llenaba con tantas dulzuras que se manifestaban en su cuerpo¹³⁴. En una oportunidad, se le presentó san Bernardo y le dio la comunión¹³⁵.

Ya hemos anotado que, cuando el capellán celebraba la misa en sus últimos años, quería que hablara en voz alta para seguir las ceremonias, pues entendía hasta lo que decía en latín por gracia especial de Dios. Y seguía cada paso de la misa con mucha atención. Incluso, llevaba escritas en un papel, junto a su corazón, las palabras de la consagración de la misa¹³⁶.

El padre Marcos dice que, cuando comulgaba, aseguraba sentir una dulzura celestial que jamás había experimentado con los alimentos y cosas de la tierra y que, en esos momentos, perdía el gusto de comer y beber, pues le bastaba con ese celestial alimento¹³⁷.

Cuando comulgaba estando enferma, pedía un poco de agua. Y este testigo (padre Marcos) cree que se debía al fuego de amor de Dios que la llenaba. Y, después, estaba tranquila y recogía sus sentidos hasta que terminaba la misa¹³⁸.

Sor Petronila de Monserrat nos confirma que era muy devota del Santísimo Sacramento y cada vez que lo recibía, que era frecuentemente, hacía muchos actos de contrición, derramando muchas lágrimas. Y siempre que estaba expuesto en la iglesia, asistía a la oración sin retirarse del coro hasta que era reservado¹³⁹.

El padre Luis Sánchez afirma que era tanta su devoción a Jesús sacramentado y a la Virgen María que, cuando no podía estar presente en sus fiestas por estar enferma, las celebraba en su celda en compañía de las almas benditas¹⁴⁰.

¹³⁴ Positio, documenta III, pp. 135-136.

¹³⁵ Positio, p. 144.

¹³⁶ Positio, documenta III, p. 138.

¹³⁷ Positio, p. 161.

¹³⁸ Positio, p. 157.

¹³⁹ Positio, p. 81.

¹⁴⁰ Positio, p. 124.

Jesús Eucaristía era el centro y el amor de su vida y, por eso, cuando en sus últimos años, estando ciega y tullida, no podía salir de su celda, hacía continuas visitas espirituales al sagrario y había pedido que le cambiaran la obligación de rezar el Oficio divino por el de hacer visitas al Santísimo sacramento. Y así, haciendo visitas espirituales a Jesús Eucaristía y rezando continuamente el rosario, pasaba los días y las noches, ofreciendo sus sufrimientos y oraciones por la salvación de los pecadores y la liberación de las almas del purgatorio.

AMOR A LA VIRGEN MARÍA

Tenía gran devoción a todos los misterios de la Santísima Virgen que la iglesia celebra. Esos días hacía ejercicios especiales de virtud, celebrando con devoción y amor el misterio que se celebraba. Era especial su devoción a Nuestra Señora de los Remedios, a cuya advocación estaba dedicada la iglesia del monasterio¹⁴¹.

Cuando vino la inundación de la torrentera de san Lázaro, que amenazaba destruir el monasterio, el obispo don Pedro Villagómez invitó a todas las religiosas a refugiarse en el palacio episcopal. Así lo hicieron todas menos la Madre Ana y dos de sus compañeras que se quedaron. Y le refirió la sierva de Dios a esta testigo (sor Juana de Santo Domingo) que, cuando se fueron las otras religiosas, ella con las otras se fue al coro a pedir a Nuestra Señora de los Remedios que las librase de aquel peligro; y observaron que la imagen de la Virgen de los Remedios no estaba en su nicho. Quedaron con esa ansiedad hasta que ese mismo día la imagen regresó a su nicho y parecía tener los bordes bañados. Poco después, una mujer india dijo que había visto la imagen sobre una piedra bastante grande y que hacía como un dique en el río. Cuando terminó la inundación, le dijeron al sacristán que mirara los vestidos de la imagen para secarlos y vio que ya estaban secos como antes¹⁴².

Tenía especial devoción al misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, a pesar de que en aquellos tiempos todavía no era dogma de fe. Fue definido este misterio el año 1854. Sin embargo, ella, al igual que las principales autoridades de Arequipa, defendía este misterio. Precisamente, los ciudadanos de Arequipa, en la fiesta del 12 de diciembre de 1632, hicieron juramento de defender el misterio de la Inmaculada Concepción y este juramento

¹⁴¹ Sor Juana de santo Domingo, Positio, pp. 135-136.

¹⁴² Positio, p. 266.

lo renovaron en 1655 y 1657. Ella también lo hizo, al igual que las religiosas de su convento.

Después de Jesús Eucaristía, la Virgen María era el centro de sus amores. Ya hemos anotado que se pasaba todo el día, sobre todo en los últimos años de enfermedad, rezando el rosario. Sor Marta de Jesús y María recuerda que, aunque estuviera ocupada en obras manuales, no dejaba de recitar el rosario, meditando en sus misterios¹⁴³.

A María la llamaba con el título de *Señora mía* y *Madre mía*, celebrando todas sus fiestas con especial cariño y devoción¹⁴⁴.

Y para fomentar el amor a María, quiso conseguir una imagen que fuese lo más bella y perfecta posible para que con su belleza pudiera atraer el corazón de los pecadores. Le pedía esta gracia al Señor y fue escuchada. Un sacerdote tenía una bellísima imagen de la Virgen del Rosario y quiso donarla al monasterio para que estuviera en el altar de la iglesia. La Priora reunió a las hermanas y les expuso el deseo del sacerdote, pero decidieron aplazar la entrega por motivo de no tener cómo transportarla. Entonces, sor Ana, llevada de su amor y celo ardiente, mandó secretamente personas de su confianza para que cuanto antes trajeran la imagen al convento, dándoles todo lo que necesitaban para el viaje¹⁴⁵.

Y siempre que podía, a todos los que la visitaban, les encargaba que amaran mucho a María y que rezaran el rosario para obtener de Dios muchas bendiciones por medio de la bendita Madre, la Virgen María.

SUS MAESTROS ESPIRITUALES

Después del amor a Jesús y María, el principal santo de su devoción era san Nicolás de Tolentino, pero también amaba mucho a santa Catalina de Siena, que se le había aparecido para animarla a entrar el convento. A ella la consideraba como a una madre.

Doña María de Garmendia nos habla de otra aparición de esta santa. Afirma que la misma sierva de Dios le dijo en una ocasión: *Hija, esta noche he tenido la visita de una religiosa que vino a dormir a mi celda. Yo le dije: "Señora, mi cama es pobre y no tengo ni cabecera". Le puso un cabezal y me*

¹⁴³ Positio, p. 79.

¹⁴⁴ Positio, p. 141.

¹⁴⁵ Anónimo dominico, Positio, documenta III, p. 115.

dijo: “Mañana te traerán una cama”. Después conocí que era mi madre santa Catalina de Siena.

Esto se lo dijo a esta testigo a la mañana siguiente y ese mismo día vino al convento Don Gabriel de Venegas y la primera cosa que le dijo fue que tenía algo que enviarle. La sierva de Dios le respondió: “Hijo, ¿por qué no me dices qué cosa es?”, y le respondió: “Es una cama, madre, quizás tenga necesidad de ella, porque esta noche, mientras reposaba, me estaba diciendo que yo, siendo un pecador, tenía una cama para dormir y que quizás no la tenía mi madre”. Y la sierva de Dios le contestó: “Hijo, eso me lo ha dicho esta noche mi madre santa Catalina”. Y esta testigo vio que se la llevaron a mediodía¹⁴⁶.

Especialísima devoción tenía a santo Tomás de Villanueva. Una vez, según refiere el padre Marcos de Molina, para adornar el anda de san Nicolás de Tolentino para su fiesta, le llevaron imágenes de varios santos. Y sintió una atracción especial por la imagen de santo Tomás de Villanueva, pareciéndole que su rostro estaba alegre y sonriente, algo que no experimentó con ninguna otra imagen. Por eso, abrazando la imagen, la besó con mucha reverencia, inflamándose mucho en su devoción.

Y cuando le contó esto a un pariente suyo que era tesorero de la Caja real de esta ciudad, le respondió que el santo era su pariente, porque su padre era de su descendencia. Hizo las investigaciones del caso y resultó que era verdad. Y, desde entonces, con la confianza de ser de la familia, no se olvidaba de pedir al santo cuanto necesitaba para las almas y para los pobres¹⁴⁷.

Doña María de Garmendia nos dice que le contó la misma sor Ana que, cuando era Priora, santo Tomás de Villanueva (tío de su padre) le avisaba de alguna faltas de las religiosas para que pudiera corregirlas, pues debía dar cuenta a Dios del desempeño de sus obligaciones¹⁴⁸. A él le llamaba tío¹⁴⁹.

Sor Juana de santo Domingo certifica que tenía una devoción especial a santo Tomas de Villanueva. Tenía una imagen suya ante la cual pedía ayuda al santo en algunas necesidades. Y sucedió que, teniendo a su cargo la sierva de Dios la educación de dos niñas huérfanas que llevó al monasterio el obispo Pedro de Ortega, cuando no tenía recursos para atenderlas, recurría a santo Tomás y se postraba de rodillas delante de su imagen, diciéndole que, como en su vida fue tan caritativo, tuviese piedad de las pobres huérfanas. Y, habiendo muerto en el

¹⁴⁶ Positio, p. 145.

¹⁴⁷ Positio, p. 163.

¹⁴⁸ Positio, p. 275.

¹⁴⁹ Positio, p. 130.

Cuzco una persona rica, que dejó un legado para ayuda de las doncellas pobres, el obispo pudo atender sus demandas y le envió dinero a la sierva de Dios y *así las ayudó, y recibieron el hábito en este convento donde viven hasta hoy*¹⁵⁰.

Como directores y maestros especiales tenía a san Nicolás de Tolentino, a santo Tomás de Villanueva y a san Pedro de Alcántara en unión con las almas benditas que la instruían y le advertían sobre las engaños del demonio¹⁵¹.

El padre Marcos asegura que tenía devoción a muchos santos, pues vivía plenamente el dogma de la comunión de los santos. Todos eran sus amigos y hermanos a quienes acudía en demanda de ayuda, pero, en especial, aquellos de su particular devoción. San Pedro de Alcántara la instruía y dirigía en la oración. A san José le pedía que intercediese ante su esposa; y a san Joaquín y santa Ana los invocaba como padres de María y abuelos de Jesús. A san Pedro, como cabeza de la Iglesia. A los santos inocentes, porque ofrecieron su vida por Nuestro Señor Jesucristo. Y en ese día hacía fiesta más que en otros. Amaba a santa Catalina de Siena por haberla llevado al monasterio. Y a los doctores de la Iglesia, especialmente, a san Agustín, como padre de sus dos padres y patronos san Nicolás y santo Tomás de Villanueva... y a san Bernardo, que le dio la comunión; y a santo Domingo y a san Lorenzo y a san Vicente Ferrer y a otros muchos santos junto a su ángel custodio¹⁵².

DEVOCIÓN A SAN NICOLÁS

Su gran devoción a san Nicolás de Tolentino comenzó cuando encontró un día unos folios viejos sobre la vida del santo, donde se hablaba de su gran devoción a las almas del purgatorio. Ella quiso imitarlo y, a partir de ese momento, le tomó mucha devoción. Esta devoción a San Nicolás de Tolentino la promovieron mucho los padres agustinos desde su convento de Arequipa, fundado en 1575. San Nicolás es considerado patrono y abogado de las almas del purgatorio. Sor Ana tenía siempre su imagen con ella en su celda

Sor María de los Remedios afirma que la primera vez que dio principio a su devoción por estas almas fue con una misa el día de su fiesta, porque no tenía dinero para más. Y, a continuación, tuvo tanta devoción que eran muchos los novenarios de misas que mandaba celebrar y tenía tanta familiaridad con san Nicolás que parecía que estuviera vivo. Y, si el santo no le hacía algo que le

¹⁵⁰ Positio, p. 135.

¹⁵¹ Anónimo dominico, Positio, documenta III, p. 130.

¹⁵² Positio, pp. 163-164.

pedía, le decía que lo iba a mandar quedarse en el convento de san Agustín con sus hermanos y que allí viera quién le hacía la fiesta. Y le decía cosas con tanta sencillez y gracia que ocasionaba risa al ver el fervor y confianza con que le hablaba y las cosas que le decía¹⁵³.

Sor Ana le celebraba la fiesta todos los años con mucha solemnidad durante ocho días y mandaba celebrar muchas misas en favor de las benditas almas del purgatorio. Y, con frecuencia, cuando alguien estaba enfermo, le enviaba la imagen del santo, que era como su médico, para que lo curara. La imagen cambiaba de color. Según el padre Luis Sánchez, cuando veía su rostro rosado y sonriente, era señal de que el enfermo se curaría; pero si estaba pálido y triste, significaba que el enfermo iba a morir¹⁵⁴.

Sor Juana de santo Domingo asegura que, cuando las personas que se relacionaban con ella estaban enfermas, acudía a la oración para pedir a Dios por medio de su patrono san Nicolás de Tolentino la salud para ellas. Y el santo manifestaba de inmediato si habían de vivir o morir, porque la imagen se volvía rosada o granate, cuando se iba a curar; pero, cuando iba a morir, el rostro de la imagen se volvía pálido y desconsolado para que el enfermo se preparara y dispusiera las cosas de su alma.

En caso de que no fuera a morir, enviaba la imagen de san Nicolás, diciendo que se encomendasen a él. También enviaba panecillos¹⁵⁵ del santo, que a veces hacía migas y las mezclaba con agua para que el enfermo tomara aquella bebida, encomendándose con fe a san Nicolás. Y así se curaban hasta personas desahuciadas por los médicos.

Una vez, estaba enferma una señora de esta ciudad y vinieron a pedirle que la encomendase al Señor, porque iba a morir, según el parecer de los médicos. La sierva de Dios, después de hacer oración ante la imagen de san Nicolás, los consoló diciendo que no moriría y disolvió un panecillo de san Nicolás, hizo una bebida para que la bebiese en nombre de san Nicolás encomendándose a él, y quedó curada¹⁵⁶.

¹⁵³ Positio, p. 129.

¹⁵⁴ Positio, p. 150.

¹⁵⁵ La costumbre de usar panecillos bendecidos de san Nicolás para sanar enfermos tiene su origen en que, en una ocasión, estaba este santo gravemente enfermo y se le apareció la Virgen con san Agustín. María le dijo que mandara pedir un pan fresco en nombre de Jesús y que lo comiera mojado en agua para recobrar la salud. Y así sucedió. Por eso, todos los años, especialmente en las iglesias agustinianas, se bendicen los panes de san Nicolás con los que Dios ha obrado muchos milagros a quienes los toman con fe.

¹⁵⁶ Positio, pp. 220-221.

El padre Francisco de Vargas Machuca afirma que sor Ana tenía muchísima devoción a san Nicolás de Tolentino y en las enfermedades que había en la ciudad, muchos pedían que les enviara la imagen del santo que ella tenía en su celda; por medio del cual experimentaban alivio¹⁵⁷.

El padre Zereceda, en su oración fúnebre, a los diez días de su muerte, dice que la primera vez que se le apareció san Nicolás la llevó al lugar de las penas del purgatorio, lo que acrecentó su devoción hacia ellas¹⁵⁸.

Sor Juana de santo Domingo manifiesta que una noche se le apareció san Nicolás de Tolentino a la sierva de Dios. Iba revestido con vestiduras sagradas, dispuesto a celebrar la misa en un altar muy bello. Sor Ana comenzó a gritar para que se levantasen de la cama y todas vinieran a la misa que celebraba san Nicolás. Y, habiéndose despertado, no vieron nada, pero notaron que la sierva de Dios hacía todos los actos, como si estuviese escuchando la misa, hasta que terminó. Después ella dijo que san Nicolás de Tolentino había celebrado la misa, *y esto se lo refirió ella misma a esta testigo*¹⁵⁹.

El padre Zereceda escribe que sor Ana liberó del purgatorio innumerables almas que salían de él por sus oraciones, como muchas veces se lo manifestó el Señor. En una ocasión, en la octava de san Nicolás, vio que salían tantas almas en forma de centellas o estrellitas que cubrían el aire y parecían infinitas en número¹⁶⁰.

Según el padre Rodrigo de Villegas, para la fiesta de san Nicolás, mandaba celebrar 300 ó 400 misas durante la octava y conseguía muchas bulas pare ellas a lo largo del año¹⁶¹. El padre Marcos afirma que, durante el año, era raro el día que pasaba sin mandar celebrar, al menos, una misa por las almas¹⁶². Para celebrar solemnemente su fiesta mandaba encender velas sobre los altares, antorchas en el campanario y hogueras en las calles¹⁶³.

Una hermana, llamada sor Ana de los ángeles, declara que una vez estaba enferma, y la sierva de Dios fue a visitarla y consolarla. Vino con una imagen de san Nicolás de Tolentino y le dijo a esta testigo que había encontrado al santo postrado en el suelo delante del altar de su celda y que era señal de que el santo

¹⁵⁷ Positio, p. 68.

¹⁵⁸ Positio, documenta I, p. 11.

¹⁵⁹ Positio, p. 294.

¹⁶⁰ Positio, documenta I, p. 16.

¹⁶¹ Positio, p. 201.

¹⁶² Positio, p. 168.

¹⁶³ Positio, documenta II, p. 81.

rezaba por ella y que había de vivir muchos años. También le dijo que una religiosa llamada Magdalena de la Cuadra moriría, lo que fue cierto, pues esta religiosa murió al poco tiempo. *Y ya son como 40 años que la Madre le dijo esto a esta testigo*¹⁶⁴.

Para celebrar dignamente la misa de fiesta de san Nicolás pedía ayuda a cantantes, arpistas, poetas e, incluso, buscaba objetos preciosos para embellecer la imagen del santo para la procesión.

Un día le pidió a un anciano, llamado Alzamora, que escribiera unas estrofas, como lo hacía todos los años, para celebrar la fiesta de su patrono san Nicolás de Tolentino, mandándole como regalo un cuarto de carnero y algunos panes. Y este compositor, al ver que lo que le enviaba no era tanto como otras veces, le respondió que no quería hacer los versos. Sor Ana se fue al santo y le dijo que hiciese algo para que el anciano aceptase. Pasado algún tiempo, vinieron a pedirle al convento que rezara por el señor Alzamora, porque le había venido de improviso un flujo en el vientre. Sor Ana se fue ante la imagen del santo y le rogó que tuviera compasión de aquel hombre, quien se curó y compuso las estrofas para la fiesta¹⁶⁵.

En otra ocasión, le rogó con insistencia a una religiosa arpista, llamada Agustina Boza, que tocara el arpa en la fiesta en honor del santo. La religiosa le respondió con desprecio que no estaba para tocar a cada santita o santito y que no lo iba a hacer. La sierva de Dios fue a su celda y se encomendó a san Nicolás. No pasó mucho tiempo cuando esa religiosa fue a verla, pidiéndole misericordia, porque se le había inflamado la nariz desfigurándola.

Sor Ana hizo una pasta con los panecillos de san Nicolás y se los puso en la nariz, haciendo la señal de la cruz, y, casi al momento, se sanó. La sierva de Dios le recomendó que otra vez hablara con más respeto de los santos. *Y le dijo a este testigo* (padre Marcos de Molina) *que había tenido compasión al verla desfigurada*¹⁶⁶.

Otra vez, una sirvienta del monasterio se enfermó gravemente. La hizo acostarse, hizo sobre ella la señal de la cruz y posó la cabeza de la enferma sobre una de sus manos. Pero quiso esconder que ella había obrado el prodigio y se valió como siempre del pan bendito de san Nicolás, que lo aplicó a la enferma y esta quedó totalmente restablecida. Sor Ana atribuía toda la gloria a Dios como

¹⁶⁴ Positio, p. 217.

¹⁶⁵ Sor Juana de santo Domingo, Positio, p. 223.

¹⁶⁶ Positio, p. 259.

autor de los prodigios y a san Nicolás como glorioso instrumento de los milagros de Dios¹⁶⁷.

Un día, sucedió que, estando en esta ciudad una criatura gravemente enferma, su madre le rogó a la sierva de Dios que orase por su hijo, porque estaba muy desconsolada, pensando que iba a morir y no iba a poder heredar el oficio de contador real de esta ciudad. Sor Ana hizo oración y le dijo que no moriría y mandó algunas migas de pan de san Nicolás para que se las dieran a beber y lo encomendase al santo, y *curó y hasta hoy vive en ese oficio de contador*¹⁶⁸.

Francisco Núñez Gutiérrez recuerda que una vez la sierva de Dios hizo unos bizcochos para que desayunaran algunos sacerdotes enfermos después de celebrar la misa. Pero, mientras los estaba haciendo, fue al coro a preparar el altar, y la persona, a quien encargó que cuidara el horno, tuvo tan poca atención que se quemaron los bizcochos. Al llegar y verlos quemados dijo en voz alta, hablando con san Nicolás, de modo que lo oyeron algunas religiosas: *¿De modo, santo mío, que se han arruinado mis bizcochos? O me los devuelves buenos o no te hago la fiesta otro año*. Esto hizo reír a las oyentes y, al momento, encontró los bizcochos tan bellos, sabrosos y dulces que jamás habían estado mejores¹⁶⁹.

Eran admirables los prodigios que Dios obraba por intercesión de san Nicolás en la vida de sor Ana. Una cosa que asombraba era ver que, estando en los últimos años ciega y tullida, sin salir de su celda, le llevaban muchas limosnas, incluso de otras ciudades lejanas como Potosí, según declara el padre Luis Sánchez¹⁷⁰.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Fue extraordinaria su devoción a las almas del purgatorio como ya hemos visto. Y ellas la escogieron, como a san Nicolás, como su patrona y abogada. Así lo afirma sor Juana de santo Domingo, a quien le dijo la sierva de Dios que un día vio a dos jovencitos muy bellos que la condujeron a una sala muy grande, donde sufrían muchísimas almas. Los jovencitos le pusieron una capa de coro y le dijeron que entonase la *Salve Regina*. Ella respondió que tenía mala voz. Pero ellos le ordenaron que obedeciera.

¹⁶⁷ Positio, documenta II, p. 68.

¹⁶⁸ Positio, pp. 220-222.

¹⁶⁹ Positio, p. 400.

¹⁷⁰ Positio, p. 125.

Entonó la Salve y después cantaron el Oficio de difuntos. Le dieron un aspersionario para que echase agua bendita donde estaban sufriendo las almas y así lo hizo, Después le dijeron que debía ser su PATRONA Y ABOGADA. La sierva de Dios se lo prometió y, desde entonces, con mucha diligencia, aplicaba todas sus obras y oraciones por las almas del purgatorio, haciendo por ellas muchos sufragios.

Y muchas veces se le aparecían las almas para pedir ayuda. Y san Nicolás de Tolentino se ofreció a ser su patrono para ayudarla y socorrerla en lo que necesitase¹⁷¹.

Doña María de Garmendia certifica haberle oído a la sierva de Dios que muchas veces la llevaba san Nicolás de Tolentino al purgatorio, especialmente el día de su fiesta y de su octava, y veía salir las almas benditas como estrellas resplandecientes que subían al cielo. Algunas veces eran tantas que llenaban el aire. Una vez, estando en el coro haciendo oración, vio que san Nicolás bajó a la iglesia y un alma sacó las manos de su sepultura y se aferró al vestido del santo y el santo, sacando al alma, la llevó al cielo, estando más resplandeciente que el sol.

En otra oportunidad, estaba enferma y las almas le dieron una bebida con la que mejoró. Decía que en aquella enfermedad, el Señor se dignó concederle la comunión por manos del glorioso san Bernardo, de quien era también muy devota¹⁷².

Un día no tenía dinero para los gastos de la próxima fiesta de san Nicolás y pidió a las almas benditas que movieran el corazón de alguien para que le ayudara. Y al rato vino al convento el obispo don Pedro de Ortega, quien le preguntó en qué estaba ocupada. Ella le respondió que pedía a las almas que movieran a alguien a ayudarle para celebrar la fiesta de San Nicolás. Y el obispo le respondió: *¡Qué grandes ladronas son estas almas! Yo estaba para dormir y me parecía que se llenaba la casa de gente y me decían: “La Madre Monteagudo te llama”*. Y, por eso, vengo medio vestido para ver de qué tiene necesidad. Y el obispo dio todo lo que necesitaba para la fiesta¹⁷³.

El año 1676 venía a esta ciudad (Arequipa) como obispo fray Juan de Calle. Cuando entró en la ciudad, estaban las novicias y algunos seglares preparando la decoración para cuando llegara a visitar el monasterio. La Madre

¹⁷¹ Positio, pp. 225-226.

¹⁷² Positio, p. 144.

¹⁷³ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 441.

les dijo: *Hermanas, no se afanen, porque no lo hemos de ver*. Y, cuando lo dijo, el obispo estaba bien de salud, pero se enfermó antes de visitar el convento y murió el 15 de febrero de ese año¹⁷⁴.

Dos meses después de la muerte del obispo, fue este testigo (don Juan de Meza) con su esposa Francisca Manzo a visitar a la Madre y ella le encomendó que dijera al sacerdote compañero del obispo que él tenía necesidad de muchos sufragios, a pesar de que este testigo le había mandado celebrar dos mil misas. La razón era, porque siendo obispo en España, cuando todavía era muy joven, no había puesto mucha disciplina a los religiosos, siendo condescendiente con ellos¹⁷⁵.

La noche del Corpus Christi de aquel año, aseguró sor Ana que el obispo había salido del purgatorio y que, al mismo tiempo que salía el obispo, entraba al purgatorio un religioso de la Compañía que tenía la cara muy triste. Al salir el dicho obispo, le encargó a la sierva de Dios que se interesara por un religioso mercedario llamado Ponce que llevaba ya 50 años en el purgatorio¹⁷⁶.

Un día le refirió sor Ana a sor Juana de santo Domingo que fue llevada a una sala muy grande donde vio que estaban penando, como en un círculo, muchas almas. En una parte, estaban los religiosos; en otra parte, las religiosas o los clérigos; y en el suelo del salón vio las almas de los seglares. Observó que en ese salón había una puerta que daba a otra sala que parecía más horrorosa, de donde salía un rumor espantoso, donde conoció algunas personas. Y con esta visión se acentuó más en ella el fervor por las almas. Y muchas de ellas venían a pedir oraciones y sufragios a la sierva de Dios¹⁷⁷.

Su capellán, padre Marcos, dice que un año, estando cercana la fiesta de san Nicolás de Tolentino, no tenía nada para hacer los sufragios a las almas benditas y se fue al coro a pedirles que mandaran todo lo necesario. Al poco rato, llegó a la portería el obispo Monseñor Gaspar de Villaruel e hizo abrir las puertas, pues ya estaban cerradas. Hizo llamar a la sierva de Dios y le preguntó qué estaba haciendo. Ella le respondió que encomendándose a Dios para que moviese a alguien para darle lo necesario para los sufragios de las almas en la fiesta de su patrón san Nicolás. El señor obispo le dijo que, mientras estaba rezando el Oficio divino, le habían quitado el breviario de las manos sin saber cómo, quedando asombrado. Inmediatamente, le vino a la mente la sierva de

¹⁷⁴ Santiago Martínez, *La diócesis de Arequipa y sus obispos*, Arequipa, 1993, pp. 121-122.

¹⁷⁵ Positio, p. 209.

¹⁷⁶ Positio, pp. 208-209.

¹⁷⁷ Positio, p. 226.

Dios y sus almas. Por eso, sin esperar más, había venido al convento para saber qué necesitaba.

La sierva de Dios le dijo que necesitaba 200 escudos, y el obispo se los dio. Así pudo celebrar bien la fiesta. Por ello, les pidió a las almas que se mostraran agradecidas al obispo, aumentándole los bienes materiales y espirituales. Entonces, se le hicieron presentes algunas almas con una bandeja en la que había cruces resplandecientes. Ella les dijo que le dieran las cruces para adornar a su patrono, pero le respondieron que eran de Monseñor Villarroel, quien iba a ser nombrado arzobispo de La Plata. Pero, después de más de un año, se tuvo noticia de que otro había sido nombrado para ese cargo.

El obispo Villarroel fue al convento a decirle que por qué le había engañado. La sierva de Dios le respondió que no podía ser, porque sus almas nunca le engañaban. El obispo le hizo jurar que así iba a suceder. Hizo el juramento y, pasados algunos días, sor Ana le mandó decir al obispo el día y la hora en que recibiría la noticia de su nombramiento para que estuviese preparado. Así fue, pues llegó un soldado a caballo al palacio del obispo con los documentos de su promoción al arzobispado de La Plata, con lo que el obispo quedó maravillado¹⁷⁸.

Una vez vino un alma con una corona a pedirle ayuda. Ella preguntó quién era y las almas le dijeron que era su rey Felipe IV. Ella le contó el caso a Don Antonio de Butrón y al licenciado don Diego de Vargas y a otros clérigos para que encomendasen al rey, que tenía muchos sufrimientos. Y así lo hicieron. Cuando llegó la noticia de la muerte del rey, se dieron cuenta de que había sido el mismo día (17 de setiembre de 1665) que ella lo había dicho. Y, en ese tiempo, contó haber visto un alma que llevaba en la cabeza una cosa con tres coronas, que se parecía a lo que ponen en la cabeza del apóstol san Pedro. Preguntó a Don Diego de Vargas qué significaba aquello y le dijo que se refería al Sumo Pontífice y así se verificó. Había muerto el Papa al tiempo que el rey Felipe IV.

En otra oportunidad, le contó a sor Juana de santo Domingo que había visto el alma del conde de Lemos y que supo que estuvo en peligro de condenarse por los malos consejeros que tuvo en su gobierno de virrey de estos reinos, pero por su gran devoción a la Inmaculada Concepción de María, se encontraba en vía de salvación¹⁷⁹.

¹⁷⁸ Positio, p. 152.

¹⁷⁹ Positio, p. 228.

Otro día se le presentó el alma de una religiosa de este monasterio. Esta religiosa había llevado una vida mundana con muchos perfumes y pomadas en el rostro y en las manos; y con hábitos perfumados, perdiendo mucho tiempo en adornos. Después de muerta, se le apareció a la sierva de Dios. La tenían agarrada cuatro personas monstruosas que la atormentaban. Sor Ana pensaba que estaba condenada y le preguntó por qué estaba con sufrimientos tan terribles. Le respondió que había puesto mucho interés en adornarse y embellecerse sin haber guardado las normas de su estado; y que estaba en un lugar especial para que no pudiese disfrutar de los sufragios generales que se hacen en la Iglesia por las almas del purgatorio. Pero había tenido permiso de Dios para venir a pedirle ayuda. La sierva de Dios le contó a esta testigo, Sor Juana de santo Domingo, que esta visión duró una hora y que, inmediatamente, comenzó a ayudarla con sus oraciones y la intercesión de su patrono san Nicolás. Y después de muchas oraciones y sufragios, obtuvo que Dios tuviera misericordia y la sacase de aquellas penas y la llevase al cielo¹⁸⁰.

El padre jesuita Fernando Colmenero declara que sor Ana le refirió que una mañana del día de la Resurrección del Señor, vio salir del purgatorio muchas almas de todos los estados y Órdenes que iban al cielo. Y habiéndole preguntado si había visto entre ellos algún religioso de la Compañía de Jesús, le dijo que sí. Dijo que había visto en el purgatorio a un sacerdote que murió en esta ciudad, llamado Isidoro Flores, a quien este testigo había confesado en su última enfermedad.

Por otra parte, el padre Diego de Vargas le contó al padre Colmenero que en una ocasión vio la sierva de Dios un alma del purgatorio que le preguntó si la conocía. La venerable le dijo que no. El alma añadió: *¿No te acuerdas de un herrero que vivía frente a tu casa?* Con este detalle, recordó haberlo conocido en su infancia. Y, echando cuentas de cuándo murió, había sufrido por 50 años.¹⁸¹

El padre Marcos de Molina le dijo al mismo padre Colmenero que la sierva de Dios le había hablado de la muerte de Monseñor Antonio Morales, que se ahogó en el mar, haciendo un viaje a su obispado de Concepción en Chile. Dijo que se había ahogado y dio como detalle que llevaba un cilicio bajo la ropa. También dijo que el alma del dicho obispo sólo estuvo en el purgatorio hasta que el mar lo echó a la playa¹⁸².

¹⁸⁰ Positio, p. 228.

¹⁸¹ Positio, p. 417.

¹⁸² Positio, p. 418.

Muchas veces sucedió que las almas benditas le comunicaban quiénes iban morir y ella lo decía, tanto si se refería a religiosas de su convento para que se preparan a bien morir, como si se trataba de sacerdotes o laicos.

En una ocasión, vio en el purgatorio a sor Magdalena de la Cuadra, que había sido Priora, y estaba sufriendo muchas penas, porque en su gobierno no había dado importancia a las noticias que le daban sobre los defectos de las religiosas. Pocos días después, murió una hermana que servía a la Madre Magdalena y ella también sufría mucho, porque cuando le avisaban que dijera algo a la Priora, ella no decía nada para no hacerse odiosa. Y de esto deducía la sierva de Dios lo importante que es no hacer omisiones por el qué dirán, cuando se trate del servicio de Dios. Esas dos almas estuvieron en peligro de condenarse por haber faltado a su obligación, pero por la devoción que tuvieron a la Virgen Santísima, obtuvieron la gracia de ir al purgatorio¹⁸³.

Otra vez se le apareció una religiosa con la cabeza inclinada sobre una almohada de fuego. Aquel incendio la quemaba, causándole gravísimos tormentos. Y, habiéndole preguntado sor Ana la causa de aquellas penas, le respondió que era por recrearse en leer algunos libros de comedias, cuando era religiosa. Y decía la sierva de Dios que, cuando fue Priora, encontró mucho abuso en esto y quemó cuantos libros pudo encontrar, desterrando así del monasterio tal vicio, dañino para las religiosas que deben estar ocupadas en actos de virtud¹⁸⁴.

Cuando murió el religioso dominico Alfonso Berríos, se le apareció a la sierva de Dios. Pasados pocos días, el señor obispo, Monseñor Antonio de León, celebró misa pontifical el día primero de Pascua de Resurrección y la sierva de Dios le dijo que por aquella misa habían salido muchas almas del purgatorio, como si se hubiera despoblado, y una de las primeras en salir fue la de ese religioso dominico¹⁸⁵.

Doña Juana de Bustamante declara que, habiendo muerto su marido Francisco de Castro, fue a hablar a la Madre Ana para que lo encomendase. Después de un año y dos meses, le mandó aviso para que mandara celebrar siete misas a santa Gertrudis en su altar del convento de san Agustín y que, durante esos siete días, pusiese en su casa un altar a santa Gertrudis y le colocara día y noche una lámpara encendida, porque el último día subiría su esposo al cielo,

¹⁸³ Padre Marcos de Molina, Positio, p. 284.

¹⁸⁴ Padre Marcos de Molina, Positio, p. 281.

¹⁸⁵ Sor María de san José, Positio, p. 431.

como así sucedió. Y le dio datos sobre cómo era su marido sin haberlo conocido anteriormente¹⁸⁶.

En una oportunidad, se encontraba la sierva de Dios afligida. Y dijo a sor María de los Remedios y a otras religiosas: *¿Qué haremos, hermanas? No tenemos ni un poco de azúcar.* Pero, al día siguiente, apenas abierta la puerta del monasterio, le llevaron a la Madre una olla de azúcar y un poco de oro en dos onzas, con lo que remedió la necesidad¹⁸⁷.

Sor Juana de santo Domingo anota que, al poco tiempo de haber profesado, estaba triste y desconsolada. La sierva de Dios le preguntó qué le pasaba y, si era por no haber comido. Le respondió que así era. Entonces, la sierva Dios le pidió que le trajese el breviario y recitó el Oficio de difuntos por las almas benditas para que mandaran de comer. Y, antes de haber terminado, avisaron de la portería que querían hablar con la Madre Monteagudo, quien le dijo a sor Juana: *¿No te he dicho que las almas nos mandarían de comer? Vete y recibe lo que te traen.* Y continuó rezando el Oficio de difuntos. Sor Juana fue a la portería y vio a un joven de bello aspecto que traía seis u ocho hogazas de pan, quesos envueltos en un paño y un saco de alimentos con un tarro de mantequilla.

Al preguntar sor Juana quién lo enviaba, el joven le respondió: *Ya lo sabe su señoría.* Y sor Juana lo llevó todo a la Madre Monteagudo, quien, puesta de rodillas, le dijo: *Mira hija, qué buen pan nos han enviado las almas, y lo besó con mucha ternura*¹⁸⁸.

El padre Alonso de Zereceda, en su oración fúnebre a los 10 días de su muerte, dijo ante el obispo, las religiosas y el pueblo reunido para las solemnes exequias: *Muchas almas se le aparecían para pedirle ayuda. Se le apareció el alma del rey e inclinó su cabeza hacia ella como pidiéndole humildemente ayuda... Y Dios le mostró que subía del purgatorio a la gloria por una escalera que iba desde la tierra al cielo, en cuya cima estaba María Santísima que lo esperaba. Subía lleno de luz y de esplendor, significando que había obtenido tanta gloria por la devoción a María, que es la escala que lleva a sus devotos al cielo.*

También vio salir del purgatorio a Monseñor Juan de Almoguera, arzobispo de Lima... Vio a un arzobispo de Charcas entrar en el purgatorio y esto lo refirió el mismo día de su muerte con todas las circunstancias... Y vio a un

¹⁸⁶ Positio, p. 250.

¹⁸⁷ Positio, p. 214.

¹⁸⁸ Positio, p. 23.

*canónigo en el purgatorio después de 23 años de tanto padecer. También a un oficial después de 50 años y a un eclesiástico después de 90 años de muerto*¹⁸⁹.

Su primer biógrafo, el padre Cabrera, afirma que el cielo le puso ante sus ojos *las almas de los que morían en los páramos de los caminos desiertos de este reino dilatado y aquí hallaba la Madre que estos difuntos avivaban más lo compasivo de su pecho para que su corazón se encendiese más en sus alivios. Veía, como lince prodigioso, que la muerte corsaria asaltaba a los viajeros por todos los caminos a los que, andando por ellos, no gozaban del socorro de los sacramentos para seguridad o para viático en las sendas de la eternidad... Y de esta gran fatalidad de morir sin médicos del cuerpo ni médicos del alma, se seguía quedar sus cuerpos enterrados en los páramos donde servían de sepulcro brutas piedras que aún gritaban a los pasajeros por una sepultura sagrada. Pero ellos pasaban sordos a tan fuertes ecos y más duros que las mismas piedras negaban el alivio que pedían a gritos las piedras de los túmulos*¹⁹⁰.

Por ello, para liberar almas del purgatorio, todo le parecía poco y hacía grandes penitencias y oraciones. La primera vez que mandó celebrar una misa por las almas vendió un par de sandalias. En otra ocasión, no teniendo otra cosa, vendió un hábito y se quedó sólo con el puesto¹⁹¹.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

El año 1676, sor Ana quedó ciega y permaneció tullida en su lecho durante los últimos diez años de su vida. Sufría mucho y todo lo ofrecía a Dios por la salvación de las almas y la liberación de las que estaban en el purgatorio.

En estos últimos años, consiguió permiso del obispo para que un sacerdote pudiera celebrar cada día la misa en su celda y así poder comulgar diariamente. Les pidió a sus Superiores que le conmutasen la obligación de rezar el Oficio divino por una visita espiritual al Santísimo y por el rezo del rosario. El rosario era su oración predilecta, pues siempre estaba con el rosario en las manos. Y era tanta la rabia de los demonios que, varias veces, se lo quitaban de las manos.

Ella vivía tranquila, ofreciendo su dolor con amor. Nunca se quejaba y, sobre todo, era muy agradecida. Dice sor Catalina de Jesús que era tan agradecida a las personas que le ayudaban que les besaba las manos y les decía:

¹⁸⁹ Positio, documenta I, p. 29.

¹⁹⁰ Padre Cabrera, cap. XIII, p. 179.

¹⁹¹ Positio, p. 109.

*¡Cómo se acuerdan de mí, siendo una pobre miserable, echada en un lecho, mientras otras están pasando necesidad! Y daba en limosna lo que recibía o mandaba celebrar misas por las almas benditas*¹⁹².

Doña María de Garmendia refiere que tenía costras en los ojos y le dolían mucho. Ella, con agua templada, le quitaba las costras y la Madre se lo agradecía con grandes expresiones de agradecimiento, creyendo que no lo merecía. Cuando las religiosas iban a visitarla, les manifestaba su contento, les besaba las manos y les decía: *¿De dónde me viene esta gracia de que las esposas de mi Señor vengan a visitarme?*¹⁹³

En una oportunidad estuvo muy mal con tenesmo (sensación de querer evacuar el cuerpo) y las almas la condujeron a un camino brillante de luz y allí la curaron con una medicina que tenían en un frasco¹⁹⁴.

Otra vez, estaba muy grave y las almas rodearon su lecho y le dijeron que venían a sanarla. Sacaron un frasco con una especie de licor, y con algodones le ungieron el lado donde tenía el dolor. Así la curaron, según le dijo la misma sierva de Dios en la última enfermedad a sor Catalina de Jesús¹⁹⁵.

Igualmente, Marta de san Nicolás atestigua que le dijo que en una ocasión vino el alma de una india, llamada Isabel, y la llevó en visión a un sendero y la curó con una medicina que tenía en un frasco, quedando sana de su malestar¹⁹⁶.

Un día estaba con fuerte dolores y la visitó una novicia en su celda. La novicia le habló de que pensaba que se condenaría en el convento y había decidido volver a su casa. Entonces, la Madre Ana comprendió que la novicia estaba vencida por el demonio y, como casi no podía hablar por el dolor que sentía, le rogó a san Nicolás su patrono y a las almas benditas que le dieran alivio, lo que hicieron de inmediato. Y así pudo explicarle a la novicia que todo era un engaño del demonio que quería hacerle perder su vocación. Cuando la novicia se tranquilizó, le volvieron los dolores como antes¹⁹⁷.

Dice el padre Zereceda: *Diez años estuvo en cama sin poder moverse, ciega y con grandes dolores... Se llenó de llagas, estuvo continuamente mal del hígado. Todos los días sudaba durante tres horas y después sentía un hielo que*

¹⁹² Positio, p. 230.

¹⁹³ Positio, p. 298.

¹⁹⁴ Doña Francisca de Monteagudo, Positio, p. 299.

¹⁹⁵ Positio, p. 294.

¹⁹⁶ Positio, p. 439.

¹⁹⁷ Positio, p. 133.

le martirizaba los nervios y los huesos hasta el punto que parecía que se moría por tantos dolores. Y las almas del purgatorio venían a aliviarla, cubrirla y darle medicinas. Antes de la última enfermedad, la curaron de tres enfermedades diferentes, devolviéndole la salud. De hecho, en estos últimos años, todos creían que vivía sobrenaturalmente, porque era imposible vivir con un cuerpo con tantos males juntos y, sin embargo, nunca se sintió mal olor¹⁹⁸.

A pesar de tener tantos dolores, pues estaba ciega, con dolores de ojos, dolores de hígado, retención de orina; a veces, abrasada de calor o temblando de frío, no faltaba a sus oraciones por las benditas almas, quienes le asistían. Por eso, ella las llamaba sus doctores. También tenía una llaga y se la curaba con tierra. Y no obstante tantos males, nunca esta testigo (sor Petronila de Monserrat) sintió mal olor en su cama o en su celda. Y esto la dejaba maravillada, pues sor Ana tenía muchos sudores que empapaban las cubiertas¹⁹⁹.

El padre Francisco de Vargas Machuca declara que estuvo de capellán del monasterio durante dos meses en su última enfermedad, en la cual no parecía posible naturalmente que, siendo de naturaleza tan delicada y débil, pudiera soportar tanto sufrimiento. Los sudores eran continuos y abundantes, de modo que era necesario cambiarla dos o tres veces. Sin embargo, su celda tenía buen olor²⁰⁰.

Sor Marina de la Concepción afirma que la misma Madre Ana había predicho muchas veces, que la encontrarían muerta. Una vez, hablando con la imagen de san Nicolás, dijo: *¿Ven a este santo? Él no se encontrará aquí cuando yo muera*. Y así sucedió, pues la imagen de san Nicolás se encontraba en la casa del capellán Marcos de Molina, a quien, estando muy enfermo, la sierva de Dios le había enviado la imagen del santo²⁰¹.

Sor María de san José nos dice que, el día anterior a su muerte, dos religiosas fueron a visitarla y les dijo: *Mañana me voy a morir. Ellas le dijeron: ¿Qué dice, Madre? Y se lo volvió a repetir²⁰²*.

La víspera de su muerte llamó a una religiosa, a quien había formado en un espíritu semejante al suyo y le rogó que guardara algunas limosnas para las

¹⁹⁸ Positio, documenta I, p. 21.

¹⁹⁹ Positio, pp. 295-296.

²⁰⁰ Positio, p. 11.

²⁰¹ Positio, p. 340.

²⁰² Positio, p. 341.

almas. Y le dijo: *Hija, mañana moriré... Estáte atenta y toma a tu cuidado celebrar la fiesta de mi santo y los sufragios por las benditas almas*²⁰³.

Sor Petronila de Monserrat asegura que varias veces le había oído decir a la Madre Ana que moriría sin dar molestias y que, cuando menos lo pensarán, la encontrarían muerta. Y así ocurrió, porque cuando fueron a hablarle, la vieron sentada, con el cuerpo apoyado hacia un lado, con las manos cruzadas y con su rosario, como cuando estaba viva. Y viendo que no respondía, se acercaron y observaron que el cuerpo estaba frío, dándose cuenta de que ya estaba muerta²⁰⁴.

Doña María de Garmendia dio testimonio en el Proceso de que, pocos días antes de su muerte, estando en su celda con otras religiosas, tocaron a la puerta con tres golpes y la sierva de Dios dijo que había venido un hermano suyo difunto a decirle que ya era tiempo de partir (morir). Y que esa noticia le había dado una gran alegría. La noche anterior a su muerte, estando esta testigo con ella, le pidió cambiarle la camisa y le pidió que le diera una nueva, diciéndole: *Mañana me pondrán aquí en medio de la celda*. Y así sucedió, ya que al día siguiente murió y pusieron su cuerpo en medio de su celda en el lugar que indicó²⁰⁵.

La Madre Ana murió el 10 de enero de 1686 a las siete de la mañana con fama de santa²⁰⁶. Cuando murió, su cuerpo quedó en buen estado, flexible, con el rostro sereno y venerable y, después de 34 horas de su muerte, al sepultar su cuerpo, con el movimiento, salió sangre fresca y roja, recogida como reliquia²⁰⁷.

Para amortajarla, según dice sor Juana de santo Domingo, fue preciso ponerle un hábito prestado, porque el que tenía en su última enfermedad lo había dado de limosna. Y, a la hora de la sepultura, asistió la mayor parte de la ciudad²⁰⁸.

Su cuerpo fue sepultado sin féretro debajo de la tierra el día 12, sábado. Le echaron gran cantidad de cal sobre el rostro y el pecho; y la sepultaron inundada en agua. El día de las honras fúnebres, la gente no cabía en la iglesia y gran gentío tuvo que quedar en las calles y plazas vecinas²⁰⁹.

²⁰³ Padre Alonso Cabrera, Positio, documenta II, p. 89.

²⁰⁴ Positio, p. 344.

²⁰⁵ Positio, p. 347.

²⁰⁶ Positio, p. 335.

²⁰⁷ Padre Zereceda, Positio, documenta I, p. 33.

²⁰⁸ Positio, p. 342.

²⁰⁹ Padre Alonso de Cabrera, documenta, II, p. 90.

El 20 de enero de 1686, domingo, se hicieron las honras fúnebres en la iglesia del monasterio de santa Catalina con una misa pontifical celebrada por el obispo Antonio de León y a la que concurrieron todas las autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad. En esta misa, el padre Juan Alonso de Zereceda, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús, dio el sermón sobre las virtudes de sor Ana. El obispo mandó imprimirlo para conocimiento de las generaciones posteriores. Este sermón puede considerarse como una fuente segura para conocer su vida, ya que estuvieron presentes las religiosas y muchísima gente que la conocía personalmente. Por lo cual, no podía decir falsedades, pues hubieran sido detectadas de inmediato y el obispo no hubiera permitido que se hubieran impreso y publicado.

EXHUMACIÓN

El padre Luis Sánchez, que estuvo en el momento de sepultar a la Madre dentro del monasterio, asistiendo al obispo Don Antonio de León, afirma que, después de diez meses de enterrada sor Ana, volvió con el obispo para hacer el traslado del cuerpo. Y, después de sacarlo, se le encontró, no sólo incorrupto, sino también fresco y manejable, como si hubiese muerto en ese momento, sin rastros de mal olor. Y él le tocó un pie y se lo torció; y lo tenía todo entero y flexible. Y un cirujano que estaba presente le hizo una pequeña herida en el pecho y se vio la carne colorada y fresca. Las religiosas se acercaban al cuerpo y le tomaban las manos y los pies, y se los besaban con mucha devoción²¹⁰.

El doctor José del Corral declara que el día de la exhumación del cuerpo de la sierva de Dios, reconoció el cuerpo y no sólo estaba todo entero, sin corrupción alguna, aunque estaba muy húmedo por la mucha agua que le habían echado al sepultarlo. Pero la lengua, que debía estar más corrompida, estaba fresca y jugosa, sin mal olor. *Todo ello es indicio de haber sido favorecida por Dios en aquel cuerpo que tantos años sirvió a Dios, manifestando que la lengua, que tanto se había empleado en alabar y servir a Dios, era justo que se conservase para eterna memoria*²¹¹.

Esta primera exhumación tuvo lugar el 29 de octubre de 1686. Le cambiaron el hábito y colocaron su cuerpo en un féretro nuevo, forrado por dentro con tafetán blanco y por fuera con un tafetán negro, con franjas de oro. Fueron al sepulcro el obispo con otras personas que habían sido designadas

²¹⁰ Positio, p. 335.

²¹¹ Positio, p. 411.

previamente. Su cuerpo exhalaba un olor especial, que incitaba a devoción y a no moverse de aquel lugar²¹².

El 22 de enero de 1731, sus restos fueron trasladados a una caja forrada de plomo y colocados en un sepulcro abierto en la pared izquierda, al pie del altar de Jesús Nazareno del monasterio. El 20 de junio de 1817 se trasladaron a una nueva caja forrada de plomo. El 9 de enero de 1950 se dispuso el traslado de sus restos a un lugar ubicado a la izquierda, entre el enrejado del coro bajo. Finalmente, el 22 de enero de 1985, el arzobispo Fernando Vargas Ruiz de Somocurcio los hizo colocar en el interior de una urna de madera, en un altar construido al lado izquierdo del templo del monasterio.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Cuando murió la sierva de Dios, un pintor sacó un retrato de su rostro y, cuando salía por la portería del convento, quedó curado de un problema de salud, que tenía desde hacía mucho tiempo²¹³.

Francisco Núñez manifiesta en el Proceso que, después de la muerte de la sierva de Dios, tuvo en una pierna una herida de la que salía pus. Tenía manchas negras y muchos dolores e inflamación de modo que no podía caminar, sino con mucha dificultad. No habiendo encontrado alivio en los remedios recibidos durante seis meses, una religiosa, Lucía Mimez, le envió un pedacito de tela de la túnica de la Madre Ana. Esa noche, se lo aplicó a la pierna con mucha fe y, a la mañana siguiente, la encontró sana y buena, *como lo está hasta el día de hoy, que ha pasado más de un año desde que mejoró*²¹⁴.

Muchos milagros hizo Dios por intercesión de su sierva; en ocasiones por medio de objetos que le pertenecieron o incluso con la tierra de su sepulcro. Y esto no sólo durante los años siguientes a su muerte, sino a lo largo de los siglos hasta el día de hoy.

En el Proceso apostólico, realizado entre 1921 y 1923, la señora Catalina Cansino refiere que un día cayó en el molino de santa Catalina un niño de cinco años, que fue llevado por la fuerza de las aguas. Sus padres no pudieron hacer nada. Solamente atinaron a pedir ayuda, diciendo: *Madre Monteagudo, Madre Monteagudo*. Habiendo recorrido más o menos un kilómetro, pudieron sacar al

²¹² Padre Gabriel Venegas, Positio, pp. 419-420.

²¹³ Sor Marta de san Nicolás, Positio, p. 441.

²¹⁴ Positio, p. 400.

niño del agua, encontrándolo ileso, lo que consideraron un milagro de Dios por intercesión de la sierva de Dios²¹⁵.

En la casa del Buen Pastor de la que era Rector el padre Tomás Cáceres, había un sacerdote muy enfermo. Un día, pidió que fueran al monasterio de santa Catalina y pidieran unas hojas del naranjo cultivado por la Madre Monteagudo. Se las dieron en infusión y quedó perfectamente curado. Desde entonces, se ha propagado la devoción a las hojas del naranjo de la Madre Monteagudo²¹⁶.

En el mismo Proceso apostólico refiere Don Mariano Rivera Carpio, que estaba enfermo del esófago. Desde el 16 de diciembre de 1921, su enfermedad se complicó y no podía pasar ningún alimento ni bebida al estómago. Todo era expulsado del esófago hacia afuera y así se iba consumiendo día a día sin esperanza de sobrevivir.

Los médicos a quienes consultó, no sabían qué hacer. Y dice él mismo: *El doctor Chávez Velando, con el objeto de investigar el origen y causa de mi enfermedad, me introdujo sondas eléctricas y me aplicó rayos X, no llegando a descubrir en mi naturaleza objeto extraño alguno. Con tal motivo, la mayor parte de los médicos opinaron que se me hiciera una intervención quirúrgica, siendo el más partidario de esta determinación el doctor Portugal.*

Se determinó el día 3 de enero y me hice trasladar de mi casa al hospital Goyeneche. Por haber llegado avanzada la tarde, ya que tardé mucho en dictar mi testamento, se postergó la operación para el día siguiente. Y quedé allí alojado en el cuarto N° 7 de la Clínica. Todo estaba previsto para proceder a la operación que debía salvarme la vida o conducirme al sepulcro; la cual tenía que realizarse a las 8 de la mañana del día cuatro.

Pero en la noche del tres, después de invocar a muchos santos, recurrí como a último baluarte a la sierva de Dios sor Ana de los Ángeles Monteagudo, a la misma que invoqué días antes de hacerme trasladar al hospital. Todo fue haber hecho esta invocación, eran las diez de la noche, cuando de manera inadvertida e insensible, una porción de agua que tenía en la boca para humedecer la sequedad de la lengua, la pasé y atravesó el esófago sin ser repelida hacia afuera.

Al día siguiente, la Madre Elena, que me cuidaba, quedó asombrada al oír de mis labios el relato que le hice de que ya no había arrojado el agua que

²¹⁵ Positio, p. 444.

²¹⁶ Ib. p. 444.

inadvertidamente pasé en la noche. Los médicos que, poco rato después, vinieron a querer realizar la operación, quedaron en suspenso y decidieron postergar la operación para después de 24 horas. Sin embargo, como yo continuaba pasando los alimentos líquidos, caldo y leche, suspendieron la operación, saliendo yo de la Clínica a los tres días de haber ingresado en ella²¹⁷.

El interesado sanó totalmente y dio su testimonio jurado el 10 de agosto de 1922. Otro caso. La señora Marcelina Aranibar testifica: *Conocí al señor Miguel Salas, que era sobrino de la Madre Juana Rosa Salas, pues varias veces venía al convento a visitar a su tía. Este caballero era vecino de la ciudad de Puno. Era todavía joven, aunque no podría precisar su edad. Esto hace 29 años más o menos. Un día vino a visitar al locutorio del monasterio a la Madre Rosa Salas la señorita María Salas, hermana de Miguel, y estando yo presente le dijo que el mencionado Miguel Salas, pasando por una calle de Puno, encontró un chancho (cerdo) y lo espantó, por estar prohibido que esos animales anden por la calle. Entonces, el animal lo acometió mordiéndole en la pierna, estando seguramente rabioso, pues le habían sacado del mordisco un pedazo de sarna.*

Se le inflamó la pierna, de cuyas consecuencias le vino cáncer. Traído a esta ciudad, el enfermo fue asistido durante tres días por tres médicos. La opinión de los facultativos fue que era incurable por haberse cancerado la herida y que era indispensable amputar la pierna.

Después de haberle referido todo esto la víspera de la operación a la Madre Rosa Salas a las 4 de la tarde, la Madre dijo a la sobrina que tuviera mucha fe en la Madre Monteagudo y que con las hojas del naranjo bendecido en nombre de la sierva de Dios se curaría y que no le harían la operación. La Madre Salas me mandó a mí que fuera a recoger hojas del naranjo de la Madre Monteagudo y, habiendo yo traído las hojas, le dijo a su sobrina que lo curara. Primero que lavase la herida con agua natural y, cuando se hubiera evaporado, le cubriera la herida cancerosa con las hojas del naranjo.

La sobrina dijo que le habían curado la herida con una pomada con mercurio para calmarle los dolores. La Madre repuso que no importaba eso, que colocara las hojas sobre la herida y que lo tuvieran en la cama para que no se levantara. Al día siguiente, a las 7 de la mañana más o menos, la señorita María Salas mandó a la portería del monasterio a un sirviente de 12 a 13 años a dar aviso de que el enfermo se había curado.

²¹⁷ Proceso apostólico (año 1921 al 1923) tomo III, p. 459.

Después de dormir, al despertar el enfermo, constataron que la pierna enferma había sudado copiosamente hasta pasar el sudor a la cama y que las hojas del naranjo se habían secado y que en ellas estaban pegadas las costras del cáncer, estando la herida curada. Después de cuatro días, el enfermo, ya enteramente sano, acompañado de su hermana María y de dos primos, vino al locutorio del monasterio a hablar con la Madre Salas a referirle todo lo anterior... Me olvidaba de hacer constar que la Madre Salas le dijo que, al curarlo con las hojas, rezara tres avemarías a la Santísima Trinidad y tres a la sierva de Dios y que tuviera confianza en ella. A 29 de noviembre de 1922²¹⁸.

Aquí vemos que, al igual que los panecillos de san Nicolás o de san Antonio de Padua o las rosas de santa Rita, que la fe hace milagros por medio de estos medios tan sencillos como las hojas del naranjo, tomadas en nombre de Dios y pidiendo la curación por intercesión de nuestra santa.

BEATIFICACIÓN

El 19 de julio de 1686, el mismo año de su muerte, todas las religiosas del monasterio de santa Catalina de Arequipa solicitaron al obispo la apertura del proceso de su beatificación. Este proceso Ordinario se llevó a cabo desde el 18 de diciembre de 1686 hasta el 16 de setiembre de 1693. En él declararon 35 testigos. El Proceso original se envió a Roma, quedando una copia en Arequipa, pero, según parece, el barco naufragó y nunca llegó el Proceso a Roma. Por ello, hubo de hacerse una copia para enviarla de nuevo, lo que retrasó todo el Proceso durante años.

El Proceso apostólico tuvo lugar en Arequipa desde el 22 de julio de 1921 a mayo de 1923. El milagro, aprobado para su beatificación, fue la curación de la señora María Vera de Jarrín, madre de familia. El 2 de noviembre de 1931 se sometió a un examen de útero por padecer frecuentes hemorragias. Su salud empeoró y el 10 de marzo de 1932 fue sometida a una exploración quirúrgica en el hospital Goyeneche de Arequipa.

Según el testimonio jurado del doctor Humberto Portillo, se observó la presencia de un gravísimo tumor canceroso que, no sólo afectaba a la pelvis, sino que se extendía por toda la región pélvica. Ante la gravedad del caso, optaron por observar y cerrar el corte quirúrgico. Por eso, se pensaba en su inminente deceso, ya que no había solución humana. Pero no habían transcurrido ni dos días y sin ninguna medicina, se sintió mejor. En pocos días,

²¹⁸ Proceso apostólico, fol 376-380

sanó de modo que, pasado un mes, se la consideró apta para seguir cumpliendo sus labores del hogar. Tres médicos certificaron que no se podía explicar científicamente la curación de un cáncer tan grave como el que había sufrido la citada doña María Vera de Jarrín. Ella afirmó que su curación había sido producido por la intervención milagrosa de sor Ana de los Ángeles Monteagudo, de quien había llevado una reliquia el día de su operación. Y su salud continuó estable, es decir, completamente sana hasta el día de su muerte, ocurrida en 1966, cuando ella tenía 80 años de edad²¹⁹.

El milagro, aceptado por la comisión científica del Vaticano, ocurrido en marzo de 1932, fue aprobado el 15 de octubre de 1981. Y el 2 de febrero de 1985 el Papa Juan Pablo II, en Arequipa, declaró beata con su autoridad apostólica a sor Ana de los Ángeles Monteagudo. De ella dijo: *En ella admiramos sobre todo a la cristiana ejemplar, la contemplativa, monja dominica del célebre monasterio de santa Catalina, monumento de arte y piedad del que los arequipeños se sienten con razón orgullosos. Ella realizó en su vida el programa dominicano de la luz, de la verdad, del amor y de la vida, concentrado en la conocida frase: Contemplar y transmitir lo contemplado.*

UNA LUZ EN EL CAMINO

A san Nicolás de Tolentino se le suele llamar el santo de la estrella y se le representa con una estrella, pues una estrella o sol se le apareció frecuentemente durante su vida. Su biógrafo, Pietro de Monterubbiano, dice que muchas veces vio esta estrella que iba a ras del suelo y que venía desde su pueblo natal hasta el altar donde solía celebrar la misa cada día. El santo le refirió el caso a un religioso de mucha virtud y ciencia, quien le respondió que esa estrella era presagio de su santidad y que terminaba su recorrido donde su cuerpo sería sepultado. Y así sucedió²²⁰.

Pues bien, a su gran devota la beata sor Ana parece que también el Señor quiso preanunciar su santidad por medio de una estrella, que se refería a ella misma. Un día, estando en cama en su última enfermedad, sor Francisca de la O, que estaba en su celda oyendo misa, vio dentro de su cama una luz muy clara de la que salían resplandores. Pensó que había algún espejo dentro de la cama y con la luz de las velas podía reflejar los rayos. Pero, después de observar atentamente

²¹⁹ Zegarra Dante, o.c., p. 473.

²²⁰ Monterubbiano, *Historia beati Nicolai de Tolentino*, Biblioteca egidiana, Tolentino, 2007,0 cap. IX, pp.127-128.

toda la celda, no encontró nada que pudiera haber provocado aquellas luces extraordinarias²²¹.

El capellán Marcos de Molina declara que la misma sierva de Dios le contó que había tenido en una ocasión una visión de un campo muy bello del que subía una estrella al cielo, creciendo en rayos y resplandores; y habiéndole pedido a san Nicolás que le explicase lo que aquello significaba, nunca se lo había querido decir. Y este testigo piensa que *la estrella se refería a ella como PATRONA de las almas que salían del purgatorio en forma de estrellitas diminutas; y ella las rescataba con sus oraciones y sufragios*²²².

Ella era la estrella mayor y las almas que hacía subir al cielo se unían a ella como pequeñas estrellitas a su gran estrella, madre y patrona. También doña María de Garmendia le oyó hablar a la sierva de Dios que había visto una grandísima estrella muy resplandeciente, con mucha luz, y que no sabía lo que eso significaba. *Pero esta testigo tiene por cierto que se refería a la misma sierva de Dios*²²³.

Igualmente, sor Juana de santo Domingo declaró en el Proceso que la sierva de Dios le dijo dos años antes de su muerte que vio muchas veces que, de la tierra, subía una estrella muy grande y bella y se dirigía al cielo. Y que, habiéndole preguntado a su patrono san Nicolás y a las almas qué significaba aquello, nunca le respondieron, a pesar de repetirse muchas veces esa visión. Y que parece que se refería a su propia alma que habiendo brillado en la tierra con sus virtudes heroicas, subiría resplandeciente al cielo. Y esto se basa en que todas las visiones que tenía se las explicaban las almas o san Nicolás, pero ésta nunca se la explicaron²²⁴.

Sor Ana, al igual que su patrono san Nicolás de Tolentino, es una estrella de santidad que nos ilumina con los rayos de sus ejemplos y nos estimula a seguir sus pasos en su amor a Jesús y, en concreto, como san Nicolás, en su amor a las almas del purgatorio.

REFLEXIONES

Hay varias cosas que nos enseña la vida de la beata Ana. En primer lugar, el valor inmenso que tiene nuestra oración por las almas del purgatorio. No

²²¹ Positio, p.434.

²²² Positio, p. 350.

²²³ Positio, p. 348.

²²⁴ Positio, p. 342.

debemos olvidarnos de tantas almas que sufren mucho más de lo que se puede sufrir en este mundo. Muchas de ellas deben estar muchos años. Por eso, en el caso de nuestros familiares, debemos orar por ellos con obligación de justicia y no sólo por compasión. Y también debemos orar por quienes nadie ora, por los más olvidados y abandonados.

Algo importante es ofrecerles misas en su favor, pues es la mejor oración, pero sin olvidar que la Iglesia nos ofrece la posibilidad de ganar una indulgencia plenaria cada día por las almas. Para ello hay que comulgar ese día y confesar (o al menos haberlo hecho pocos días antes), pues para conseguir la indulgencia plenaria es preciso tener el alma totalmente limpia. También hace falta rezar un padrenuestro por el Papa, y estaría bien añadir un Credo. Además, realizar la obra para conseguir la indulgencia. Puede ser: Rezar el rosario delante del Santísimo Sacramento o en un grupo de personas. O también hacer adoración ante el Santísimo durante media hora.

Como vemos, es muy fácil. Y, si es prácticamente imposible tener el alma limpia al ciento por ciento para ganar la indulgencia plenaria y así poder sacar un alma del purgatorio, al menos, podemos conseguir una buena parte. Y, si todos los días nos propusiéramos conseguir una indulgencia plenaria, aunque resulte al 50 %, ¿cuántas almas podríamos liberar a lo largo del tiempo? Vale la pena hacer un esfuerzo por ellas, pues nos pagarán con creces y nos recompensarán desde el cielo, pues en el cielo no existen los desagradecidos.

Por otra parte, sor Ana nos da otra enseñanza importante: El valor de las imágenes religiosas. Ella tenía la imagen de san Nicolás, que era su patrono y su médico. Igualmente, tenía la imagen de santo Tomás de Villanueva, su tío abuelo, y las de otros muchos santos, a quienes adornaba para sus fiestas con especial cariño.

Algo muy especial en su vida fue su capacidad de amor y de perdón para quienes la rechazaban. Ella, en vez de vengarse, oraba por ellas y pedía a Dios que la castigara en su lugar. Así consiguió su arrepentimiento y su transformación espiritual, haciendo del convento un remanso de paz.

Siendo Priora, sintiéndose débil para asumir su responsabilidad, puso toda su confianza en Dios y fue recompensada, pues hasta pudo firmar y escribir sin antes saberlo. Y Dios la ayudó para afrontar las difíciles situaciones que tuvo que superar para llevar a cabo las reformas necesarias para la transformación espiritual de monasterio.

También Dios bendijo a su sierva, dándole carismas extraordinarios como el don de profecía, de curación de enfermos, de sabiduría... Y ella se sentía feliz de amar con un corazón entero a su esposo Jesús. Sor Catalina de Jesús asegura que, en medio de sus enfermedades, estaba siempre alegre y sonriente²²⁵. No era una persona triste, sino alegre, procurando servir y hacer felices a los demás.

Jesús se sentía orgulloso de su esposa, pero en una ocasión le hizo entender que quería su corazón totalmente para él y que no debía dividirlo ni siquiera con las flores. Cuenta Doña Francisca de Monteagudo que sor Ana tenía unas macetas de flores y, especialmente, una maceta de romero que, siendo grande y bella, la quería mucho. En una ocasión, fue a verla y estaba toda seca. Y le dijo sor Ana que Dios no quería que hubiese puesto su amor en cosas de la tierra que la distrajeran del cielo. Por ello, de inmediato, recogió todas las macetas y no las quiso tener, para no poner obstáculos y amar solamente a Dios, sin apegarse en las cosas de la tierra²²⁶.

Ella amaba a Jesús con todo su corazón. Y Jesús le sonreía y le hacía sentir su presencia y su amor, especialmente en el momento de comulgar, que era un momento de cielo para ella. Una vez, el día de Navidad, durante la misa que se celebró en su celda, sor Francisca de la O certifica que vio la imagen de Jesús que estaba sonriendo. Pensando al principio que fuese una ilusión suya, desvió la mirada y, al volver a mirarla, vio que seguía sonriendo. Así continuó hasta que terminó la misa. Y, aunque vio ese día otras imágenes del Señor, en ninguna vio aquella sonrisa, sino en la imagen de la celda de la sierva de Dios y sólo durante la misa²²⁷.

Podemos pensar: Si sor Francisca vio la imagen de Jesús sonriente, ¿qué experimentaría sor Ana en esos momentos en su corazón?

Ella vivió intensamente el dogma de la comunión de los santos. Todos eran sus amigos del cielo, pero algunos eran especiales como ya hemos indicado; sobre todo, san Nicolás de Tolentino. Por eso, nos enseña a aprovecharnos de la amistad de los santos del cielo, nuestros hermanos, y de la amistad con los ángeles. Ella tenía también especial amor a su ángel custodio.

²²⁵ Positio, p. 79.

²²⁶ Positio, p. 150.

²²⁷ Positio, p. 434.

CONCLUSIÓN

Después de haber repasado brevemente la vida de la beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo, podemos sentirnos orgullosos de su vida y santidad. Ella es una hermana nuestra que nos espera en el cielo y nos invita a seguir sus pasos, especialmente, en su gran amor por las almas del purgatorio, que fue una característica especial de su vida.

Su vida de penitencia, oración y sacrificio, nos habla de que la cruz, llevada con amor, es el camino más corto para la resurrección, es decir, para la santidad. Sin cruz y sin amor, no caminaremos muy aprisa por este camino.

Alguien ha dicho que el amor tiene raíces en forma de cruz. Y, si amamos a Dios, debemos, como Jesús, saber aceptar con amor todas las cruces y sufrimientos de cada día. Aceptar la voluntad de Dios en cada momento.

Al final, Dios triunfa. El amor siempre triunfa. Y la santidad brilla en el alma de sus siervos como una luz resplandeciente que ilumina al mundo entero.

Ojala que, leyendo la vida de la beata Ana, sintamos deseos de ser santos. Vale la pena hacer algo por la salvación de los demás. Vale la pena seguir a Cristo, aunque sea con la cruz de cada día. Él no se dejará ganar en generosidad.

Que Dios te bendiga y te haga santo. Es mi mejor deseo para ti.
Saludos de mi ángel custodio y saludos a tu ángel.
Tu amigo y hermano desde Perú.
Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo dominicano, *Verdadero retrato de la Vble. Madre sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, religiosa del monasterio de santa Catalina de Arequipa, Arequipa, 1725. Hay un resumen en *Positio super virtutibus*, pp.95-138.
- Cabrera y Sosa Alonso de, *Vida y milagros de la Vble. sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, que floreció en el ameno paraíso de virtudes, en el monasterio de la gloriosa virgen santa Catalina de Sena de la ciudad de Arequipa, 1700. Archivo del monasterio de santa Catalina de Arequipa, Mns. 1, publicado en resumen en *Positio super virtutibus*, pp. 40-91.
- Castro Fernando, *Vida de la Vble. Madre sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, Archivo del monasterio de santa Catalina de Arequipa, Mns.7; publicado en *Positio super virtutibus*, Summarium additionale, pp. 138-144.
- Jiménez Salas Hernán, *La beata Ana de los Ángeles Monteagudo*, semblanza espiritual, tesis presentada en la universidad santo Tomás de Aquino, Roma, 1998.
- Passarell Elías, *Vida de la Rvda. Madre sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, que floreció en el monasterio de santa Catalina en la ciudad de Arequipa, 1920. *Positio super virtutibus*, sacra Rituum Congregatione, Arequipen beatificationis et canonizationis servae Dei Annae ab angelis Monteagudo, Roma, 1959.
- Proceso apostólico* (1921-1923) para su beatificación, realizado en Arequipa.
- Vargas Domingo, *Causa de beatificación de la R. M. Ana de Monteagudo*, Arequipa, 1907.
- Vargas Ugarte Rubén, *Historia de la Iglesia en el Perú*, tomo I, (1570-1640), Burgos, 1959, pp. 426-440; y tomo II (1640-1699) Burgos, 1960, pp. 353-359 y 424-430.
- Zegarra Dante, *Beata Ana de los Ángeles Monteagudo*, una vida entre la historia y el mito. En revista *Persona y Cultura*, universidad católica san Pablo de Arequipa, Año 4, N° 4, 2005, pp. 77-97.
- Zegarra Dante, *Monasterio de santa Catalina de Sena de Arequipa y doña Ana de Monteagudo*, Arequipa, 1985.
- Zereceda Alonso de, *Oración panegírica y fúnebre en las honras de la sierva de Dios sor Ana de los Ángeles Monteagudo*, Lima, 1686; publicado en parte en *Positio super virtutibus*, Summarium additionale, pp. 3-34.

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org